

ASISTENTE PERSONAL

KRISTI GOLD

Argumento

¿Perdería para siempre a Kira y a su hijo?

Al recibir el encargo de atender a un misterioso millonario, la diplomática Kira Darzin no esperaba que su tarea incluyera el dormitorio, pero en cuanto la ardiente mirada de Tarek Azzmar se fijó ella, Kira fue incapaz de resistirse. Su inesperado embarazo y la identidad secreta de Tarek se convirtieron en una amenaza para la familia real a la que ella veneraba.

Hijo ilegítimo del difunto rey de Bajul, Tarek juró vengarse del padre que lo rechazó. Y Kira representaba una complicación por muy atraído que se sintiera por su sensual belleza.

Capítulo Uno

Kira Darzin, jefa de administración de palacio del pequeño país de Bajul, estaba acostumbrada a que el rey la convocara de improviso, pero al llegar a su despacho y ver sentado junto al escritorio a un hombre espectacularmente guapo, se quedó paralizada.

Con el cabello negro perfectamente cortado, un traje de chaqueta gris marengo y zapatos italianos, tenía el aspecto de un millonario. Sus masculinas manos se apoyaban en los brazos de la butaca, y su gesto altivo le dotaba del aire de un alto ejecutivo.

Cuando Kira clavó su mirada en los negros ojos de Tarek Azzmar se quedó hipnotizada, tal y como le había sucedido una fatídica noche, hacía poco tiempo. Como entonces, percibió una aplastante seguridad en sí mismo, pero también intuyó profundos secretos y se sintió atraída hacia un lugar en el que ya había estado antes con él, y con otro hombre de su pasado. Un lugar al que se había jurado no volver.

También tuvo la extraña sensación de que parecía ser él quien gobernaba la corte, y no Rafiq Mehdi, el monarca de Bajul. A ello contribuyó la sorprendente ausencia de este. En su lugar, el señor Deeb, asistente personal del rey, saludó a Kira, que apenas escuchó sus palabras, abrumada por la presencia de Tarek que, levantándose, desplegó su metro ochenta de pura virilidad.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Kira recuperó la suficiente presencia de ánimo como para fingir que solo conocía al empresario marroquí por haber coincidido con él en algunos de sus encuentros sociales.

–Es un placer volver a verlo, señor Azzmar –dijo con una sonrisa forzada.

–El placer es mío, señorita Darzin.

El énfasis que puso en la respuesta le invocó perturbadoras imágenes en la mente a Kira. Besos apasionados, una noche de indescriptible placer… Seguida de seis semanas sin recibir ni tan siquiera un mensaje de él.

Ese amargo pensamiento la devolvió al presente.

–¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

Tarek le dedicó una sonrisa sensual, como la que había vencido su resistencia la primera vez que se habían visto.

–El señor Deeb se lo explicará.

El hombre calvo de mediana edad se ajustó las gafas.

–Estoy aquí en representación de su excelencia. Tanto yo como el señor Azzmar necesitamos su ayuda.

Kira asumió que querrían que organizara una cena de estado.

–Lo siento, pero no tengo la agenda conmigo. Si me dan una fecha…

–No se trata de eso –dijo Tarek–. La necesito para diez días, quizá para dos semanas.

Kira no comprendía qué tipo de acontecimientos podía requerir tanto tiempo de preparación.

–¿Le importaría darme más detalles?

–El señor Azzmar necesita una ayudante personal –explicó Deeb–, y el rey Mehdi le ha ofrecido sus servicios hasta encontrar a una sustituta.

Kira pensó que no podían estar hablando en serio, pero el gesto de Tarek le indicó lo contrario. Angustiada, empezó a pensar frenéticamente en excusas que justificaran su negativa.

–Me temo que tengo demasiadas responsabilidades en palacio. El príncipe Zain, su esposa e hijos, vuelven en tres días. La cuñada del príncipe Adan y el jeque Rayad, la semana que viene. Alguien tiene que hacer los preparativos para su llegada.

–Eso ya lo hemos resuelto –dijo Deeb–. Elena ha accedido a asumir sus responsabilidades hasta que termine su misión con el señor Azzmar.

A Kira le costaba creer que Elena, la antigua gobernanta y madre biológica del joven príncipe Adan, hubiera aceptado.

–Me contrató para poder retirarse. Es injusto pedirle algo así.

Deeb frunció el ceño.

–Es una orden del rey y Elena sigue obedeciendo sus órdenes.

Kira se mordió la lengua para no decir lo que el rey podía hacer con aquella orden.

–¿Y lo que yo opine da lo mismo?

Antes de que Deeb respondiera, Tarek dio un paso hacia él y dijo:

–¿Me permite hablar a solas con la señorita Darzin?

Deeb asintió.

–Por supuesto. Si me necesita, estaré en mi despacho.

En cuanto Deeb cerró la puerta tras de sí, Kira se volvió hacia Tarek con gesto contrariado.

–¿Se puede saber por qué no has rechazado la oferta de Rafiq dado lo que pasó entre nosotros?

Él se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos.

–No ha sido una oferta del rey. Lo he pedido yo.

–¿Por qué me has elegido cuando podría haberlo hecho cualquiera de las secretarias del palacio?

–No se trata de un trabajo de secretaria, y ninguna otra candidata

me intriga como tú.

Kira fue hasta la ventana y, tras mirar unos segundos el montañoso paisaje, se volvió de nuevo hacia Tarek.

–¿Quieres decir que ninguna otra ha dormido contigo?

–Yo no recuerdo que durmiéramos aquella noche.

Tampoco Kira, pero sí recordaba un dato importante.

–Puede que no, y luego desapareciste sin dejar rastro. Pensaba que te habías mudado a Marruecos.

–¿Por qué iba a irme si acababa de reformar mi casa en Bajul?

Kira sabía que su hipótesis no tenía sentido. Como tampoco lo tenía haber permitido que su relación con él fuera demasiado lejos durante su estancia en Estados Unidos para la boda del primo de Rayad con Sunny, la hermana de Piper Mehdi.

–Me extrañaba no haberte visto en seis semanas –y le dolía, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

–He estado de viaje.

–¿De mochilero? –preguntó ella con sorna.

Tarek la miró desconcertado.

–Rematando un acuerdo empresarial multimillonario.

Para hacerse aún más rico, pensó Kira, pero se guardó el sarcasmo.

–No creo que sea una buena idea que pasemos dos semanas juntos. Puedo ayudarte a buscar una sustituta.

Tarek fue hacia ella lentamente, clavándola en el sitio con la mirada.

–¿Vas a desafiar las órdenes del rey?

–Si le explico que estoy ocupada, lo entenderá.

Tarek sonrió provocativamente.

–¿Vas a decirle que hicimos el amor en el suelo de mi salón de baile?

El comentario le invocó otra serie de imágenes que Kira ahuyentó al instante.

–Claro que no. En primer lugar porque fue solo sexo. Segundo, porque me arriesgaría a perder mi trabajo. Me limitaré a decir que tengo la agenda ocupada.

Tarek se detuvo a unos centímetros de ella.

–Sabes que Rafiq Mehdi no aceptará esa excusa.

–Pues le daré otra –por ejemplo, un repentino viaje a Canadá para visitar a sus padres.

Tarek le retiró un mechón de cabello detrás de la oreja.

–Tus ojos me fascinan. Son de un azul oscuro excepcional, como lo es tu belleza.

«Ya empezamos». Sus tácticas de seducción habían metido a Kira

en un lío ya en otra ocasión.

–No hace falta que me halagues. Ya has conseguido de mí lo que querías.

–Me encantaría volver a conseguirlo.

–¿De eso es de lo que se trata todo esto?

Afortunadamente, Tarek bajó la mano y Kira pudo respirar.

–No. Es verdad que necesito una ayudante de confianza. Eres inteligente y amable, y los Mehdi te tienen en alta estima. Eso no significa que no podamos disfrutar de nuestra estancia en mi casa de la playa.

Kira se quedó sin habla. Bajul era un país de interior.

–¿Piensas llevarme al extranjero?

–Sí, a Chipre, donde estoy preparando la inauguración de un exclusivo hotel. Por eso necesito tu ayuda.

Kira imaginó preciosas playas, atardeceres románticos y baños nocturnos.

–¿Y cuál sería mi papel? –preguntó suspicaz.

–Quiero que tomes las últimas decisiones sobre la cocina y la decoración del interior. También que asesores al encargado en la contratación del personal.

–No estoy especializada en interiorismo –dijo Kira, aunque era su pasión.

–¿No estás al cargo de la reforma del palacio que comenzará en unos meses? ¿Y no eres responsable de todos los eventos que se celebran en el palacio, incluida la comida y la decoración?

Era evidente que estaba bien informado.

–Sí, pero…

Tarek le posó un dedo en los labios para hacerla callar.

–No voy a obligarte a acompañarme. Pero sí te pido que consideres mi oferta.

Kira no dudaba de que ese sería su único pensamiento a partir de ese momento… antes de decirle que no.

–¿Cuándo quieres una respuesta?

–Mañana por la mañana. Mi avión saldrá por la tarde.

Kira miró la hora.

–Muy bien. Te contestaré lo antes posible. Ahora mismo tengo una cita.

Tarek la miró con severidad.

–¿Tienes un nuevo amante?

–No, una cita médica –contestó Kira, aunque no fuera de su incumbencia.

La expresión de Tarek se tornó preocupada.

–¿Te pasa algo?

Estaba cansada y nerviosa, pero eso no le impedía hacer su trabajo.

–Solo es una segunda visita tras una mala gripe –dijo, pasando junto a Tarek de camino a la puerta.

–Chipre es el lugar perfecto para recuperarse de una gripe – dijo Tarek cuando ya tenía la mano en el picaporte.

–¿No te preocupa que te exponga al ojo público?

Tarek esbozó una sonrisa.

–Ya me has expuesto en una ocasión y lo disfruté enormemente.

Kira puso los ojos en blanco.

–Tarek, si no abandonas las insinuaciones no vas a convencerme.

Él fingió una expresión inocente.

–Solo puedo prometer que lo intentaré. Y que haré que tu viaje merezca la pena.

Sus métodos para conseguirlo eran lo que preocupaba a
Kira.

–Lo tendré en cuenta. Ahora, he de irme.

Tarek sorteó la distancia que los separaba en una fracción de segundo, le tomó la mano y se la besó.

–Hasta nuestro próximo encuentro.

«Si es que lo hay», pensó Kira a la vez que se marchaba precipitadamente. El sentido común le indicaba que no debía ir con él a ninguna parte, y menos a un lugar exótico en que pudiera olvidarse de sus problemas… y perderse.

Tenía que recordar que Tarek era el tipo de hombre que había decidido evitar. Y en cuanto le dijera que no iba a acompañarlo, no habría ninguna razón para volver a hablar con él.

–Estás embarazada.

Kira miró atónita a la doctora Maysa Mehdi a la vez que, sentada en la camilla de exploración, se estiraba la falda.

–¿Disculpa? –preguntó con la voz quebrada.

Maysa rodó el taburete hacia ella y se retiró su larga trenza por encima del hombro.

–Cuando mandé tus pruebas al laboratorio, pedí un análisis de embarazo debido a tu sintomatología. Ha salido positivo.

Kira se pellizcó el puente de la nariz y cerró los ojos.

–No puede ser verdad.

–Me temo que sí. No pareces contenta con la noticia.

Kira abrió los ojos y suspiró lentamente.

–No lo comprendo –dijo, consternada–. Primero, porque he tomado la píldora durante años. Y segundo, porque solo he tenido relaciones sin protección en una ocasión.

Maysa estudió el informe que sostenía en el regazo.

–Veo que no has solicitado una renovación de la píldora en los dos últimos meses.

–He estado tan ocupada que me he olvidado. Y tampoco la necesitaba –o no la había necesitado hasta que Tarek Azzmar se había colado en su vida como un ladrón de corazones y había roto su autoimpuesto celibato.

Maysa sonrió.

–A veces las cosas no salen como las hemos planeado. ¿Cómo se va a tomar el hombre en cuestión la noticia?

Kira no tenía ni idea. Ni siquiera estaba segura de que fuera a decírselo.

–La verdad es que no lo sé. Lo conozco muy poco y lo que pasó nos tomó a ambos por sorpresa.

–Si es un hombre de honor –dijo Maysa–, aceptará la responsabilidad de su paternidad.

Kira habría querido decir que lo era, pero todos los indicios señalaban en la dirección opuesta.

–El tiempo lo dirá.

Maysa se puso en pie.

–Entre tanto, debes cuidarte y descansar más.

Aunque Kira siempre había soñado con tener hijos, no era algo que estuviera en sus planes inmediatos, especialmente con lo ocupada que estaba en palacio.

–No sé cómo equilibrar el embarazo y el trabajo. Y no quiero pensar cuál va a ser la reacción de mis padres.

Maysa frunció el ceño.

–¿No se alegrarán?

–Mi madre es canadiense y tiene una mentalidad abierta, así que no habrá problema. Pero mi padre es de Bajul y muy tradicional. No estará contento de que su hija esté embarazada sin haberse casado.

Maysa le puso una mano en el hombro a Kira.

–Si decides que no es el momento oportuno, puedes plantearte una adopción.

Siendo ella adoptada, aunque poca gente lo sabía, tenía sentimientos contradictorios al respecto.

–No sé si sería capaz de entregar a mi bebé a unos desconocidos.

–Algunos pensamos que es lo más generoso que una mujer puede hacer con un hijo. En cualquier caso, no tienes que tomar la decisión de inmediato. Voy a recetarte unas vitaminas.

Mientras Maysa escribía la receta, Kira se puso en pie y se masajeó la zona lumbar. Al menos tenía una explicación para el cansancio y las

náuseas que había estado experimentando. Y tendría que formular un plan de futuro y decidir si debía incluir o no al padre de su hijo.

Súbitamente se planteó aceptar la oferta de Tarek. Podría descansar dos semanas y le daría tiempo a averiguar si quería hijos, y si podría ser un buen padre. Si no se daban ninguna de las dos condiciones, podría tomar las decisiones correspondientes.

En cuanto volviera a palacio, lo buscaría y le haría unas cuantas preguntas sobre su propuesta. Solo entonces determinaría si pasar más tiempo con él era un riesgo asumible.

–La señorita Darzin está aquí para verlo, señor Azzmar.

Tarek alzó la mirada hacia la joven que había contratado recientemente.

–Hágale pasar, Adara.

Cuando la joven se fue, Tarek dejó a un lado los papeles que estaba revisando y esperó la entrada de Kira, que llegó tan hermosa como la primera vez que la había visto, al otro extremo de una sala, durante una recepción.

Kira se estiró la chaqueta y se pasó una mano por la corta melena antes de comentar:

–Veo que has terminado con la decoración.

–Me alegro de verte.

–Gracias –dijo Kira con fría cordialidad–. El despacho tiene un aspecto muy distinto a la última vez que lo vi.

Una ocasión que Tarek no había olvidado. La visita guiada de la recién construida mansión había terminado en un apasionado encuentro en el suelo del gran salón de baile.

–Faltan por terminar las suites de la tercera planta. ¿Qué tal te ha ido en el médico?

–Me ha dado el alta definitiva –Kira se adentró en la habitación y fue a mirar los libros de una estantería que había detrás del escritorio–. Veo que tienes gustos muy eclécticos respecto a tus lecturas. No sabía que te interesara la novela negra.

Tarek se aproximó lentamente.

–¿Has venido para hablar de mis gustos literarios?

Kira se volvió hacia él.

–En realidad quería hablar del viaje a Chipre, por si decido acompañarte.

Tarek se animó al pensar que Kira estaba considerando la proposición.

–¿Qué te gustaría saber?

–¿Me aseguras que solo nos ausentaríamos dos semanas?

–A no ser que surja algún inconveniente. En cualquier caso, si quisieras marcharte antes, podrías hacerlo.

Kira se cruzó de brazos e intentó sonreír.

–¿Así que no planeas mantenerme como rehén contra mi voluntad?

Tarek pareció ofenderse.

–Jamás mantendría a una mujer cautiva.

–Eso es tranquilizador.

–¿Alguna otra pregunta?

–Sí. Sigo teniendo dudas sobre tus motivos.

–¿Temes que intente seducirte? ¿Que te convenza de que hagas el amor conmigo en mi playa privada, en mi piscina privada o en mi gran ducha de vapor?

Kira lo señaló con el dedo.

–Eso es precisamente lo que me preocupa.

Tarek optó por fingir inocencia.

–Si no me equivoco, la primera vez que hicimos el amor… –La única vez que hemos tenido sexo –lo cortó Kira.

Tarek confiaba en cambiar pronto esas circunstancias, pero pensaba utilizar la persuasión, no la coerción.

–Como estaba diciendo, no te obligaría a hacer nada que no quisieras. Y te aseguro que mi motivación es profesional, aunque te puedo asegurar que no tengo nada en contra del placer.

–Eso es lo que me preocupa –dijo ella, pasando a su lado y ocupando la butaca que él había dejado vacía.

Él la siguió y se sentó frente a ella en un sofá de cuero. Sus ojos siguieron el movimiento de la mano de Kira cuando esta se recorrió el muslo para estirarse la falda. Al instante imaginó aquella mano sobre su cuerpo y tuvo que hacer un esfuerzo para borrar la imagen de su mente.

–Estate tranquila. Si vienes, y eso es lo que quieres, mantendré las distancias.

–Eso es lo que quiero –dijo Kira, pero una vacilación en su mirada le indicó a Tarek que no estaba convencida.

–Respetaré tus deseos –a no ser que la palpable química que había entre ellos dictara lo contrario.

Kira no parecía llegar a confiar en él.

–Tarek, eres un magnífico hombre de negocios, pero eres un hombre. Posees dos cerebros y en un momento dado, utilizarás el segundo. Vas a tener que ejercer un férreo control sobre ti mismo.

Tarek decidió no discutir ese punto.

–Contarás con tu propia habitación y solo tendrás que soportar mi presencia durante las reuniones de trabajo.

Kira hizo girar la alianza de plata que llevaba en un dedo.

–Escucha, me agrada tu compañía, y ha sido así desde la primera vez que nos vimos. Es solo que en este momento no es eso lo que quiero.

Satisfecho con que hiciera aquella admisión, Tarek la observó.

–¿Así que disfrutaste de nuestro encuentro?

Kira vaciló unos segundos.

–Supongo que debo reconocer que sí, con la excepción del suelo de mármol.

–Por eso te dejé colocarte encima de mí.

–Después de haberme tenido debajo.

–Solo para desnudarte lo antes posible y recorrerte con mi boca y preparar tu cuerpo para… –No hace falta que sigas.

Tarek no pudo reprimir una sonrisa.

–Ah, demasiado tarde. Teniendo en cuenta tus gemidos, creo que no te desilusioné.

Kira se puso en pie y suspiró.

–No estoy de humor para recuerdos. Me vuelvo al palacio.

Tarek se levantó a su vez.

–¿Vendrás mañana al avión?

Cuando Kira guardó silencio, Tarek contuvo el aliento, expectante.

–Te lo diré esta noche, cuando vengas a cenar al palacio.

Tarek frunció el ceño.

–¿Cómo sabes que estoy invitado?

Kira lo miró con sarcasmo antes de cruzar la habitación.

–Mi trabajo es saber todo lo que hacen la familia real y sus apreciados invitados –dijo, marchándose.

Una vez se fue, Tarek miró la hora, se sentó tras el escritorio e hizo su llamada diaria a la otra mujer de su vida. Pasaron unos segundos antes de que lo saludara la dulce voz familiar:

–¿Ahlan?

Tarek decidió contestar en inglés en lugar de en árabe para poner a prueba su conocimiento de la lengua que él le había enseñado.

–¿Has recibido mi regalo, Yasmin?

–¡Sí! –contestó ella con el entusiasmo propio de una niña de cinco años–. ¡Es precioso!

Tarek jamás habría descrito así al chucho.

–Me alegro de que te haya gustado. ¿Lo cuidarás bien?

–Sí. Prometo darle de comer y sacarlo de paseo. ¿Cómo vamos a llamarlo?

–Como tú quieras.

–Tendré que pensarlo. ¿Volverás pronto a casa?

Dijera lo que dijera, la desilusionaría.

–Te conté lo del nuevo hotel antes de irme de Marruecos. Todavía me queda trabajo por hacer.

–Siempre estás trabajando. Ojalá me llevaras contigo.

Por el momento eso era imposible. Casi nadie sabía de su existencia, y Tarek quería mantenerla en secreto.

–Puede que pronto. Entre tanto, cuídate.

–Vale.

–Nos veremos dentro de un mes.

Se produjo un silencio tras el que la niña dijo:

–Te echo de menos.

–Y yo a ti, Yasmin –y era verdad, aunque encariñarse demasiado no les haría ningún bien a ninguno de los dos.

En cuanto colgó, Tarek repasó la conversación con Kira y las erróneas suposiciones que había hecho.

«Mi trabajo es saber qué hacen la familia real y sus apreciados invitados…».

¡Qué poco sabía de él y de su vida privada! Tan poco como sus amigos y sus antiguas amantes. Nadie era consciente de que él tenía una pieza clave del puzle de los Mehdi, y menos aún el rey de Bajul o sus hermanos. Guardaba un secreto que podía haber muerto con sus padres, de no haber sido por un anciano torturado por un sentimiento de culpabilidad.

Desde el momento en que supo la verdad, se había prometido no contarla por respeto a su madre, pero con el paso del tiempo ese conocimiento había llegado a torturarlo. Necesitaba respuestas. Y estaba decidido a hacer lo que fuera para conseguir esa información. Para ello, esperaba contar con la ayuda de Kira Darzin.

En cuanto la conoció, tuvo la intuición de que sabía más que nadie de los Mehdi. Por eso, había intentado que confiara en él y compartiera con él sus secretos.

Ese había sido su objetivo inicial, hasta que había cometido el error de dejarse llevar por el deseo. Pero aunque no hubiera previsto que Kira llegara a fascinarlo, estaba decidido a no dejarse arrastrar por sus instintos básicos y a regirse por la razón.

Si sus planes con Kira no tenían éxito, buscaría la información que necesitaba por otros medios, se haría amigo de los hijos de la familia real y, finalmente, se presentaría como quien verdaderamente era: el hijo bastardo del previo rey de Bajul. Y, por tanto, hermano de sus hijos.

Capítulo Dos

Todas las tardes, a las seis, Kira se aseguraba de que la familia real estaba bien atendida, pero en aquella ocasión iba, además, a ver al padre de su hijo.

Alrededor de la mesa del comedor se encontraban el rey Rafiq y su esposa, Maysa, junto con los recién casados, Adan y Piper y un comensal sofisticado, vestido de beis, sentado a la derecha de Rafiq. De no haber conocido a los Mehdi, cualquiera habría podido confundir a Tarek Azzmar por un miembro de la familia, pero solo tenía en común con ella su origen oriental y la belleza.

En cuanto Tarek la miró, Kira se sintió atrapada como si hubiera caído bajo un hechizo. Y como magia podría haber descrito sus besos, sus manos, su virilidad…

–¿Hay más pan?

Kira miró a Adan Mehdi, el hermano menor del rey.

–¿Perdón?

–Necesitamos pan –dijo él, alzando una cesta vacía.

–En seguida me ocupo –dijo ella.

–Y por favor, trae más agua –pidió la mujer de Adan, llevándose las manos al vientre–. Tengo tanta sed que a veces pienso que voy a dar a luz una trucha.

Kira sintió una punzada de celos al ver la mirada de complicidad que intercambiaban Adan y Piper. Ella, al contrario que Piper, podía acabar criando sola a su hijo.

–Me temo que se trata de una nueva criada –comentó–. La novedad de servir a la familia real hace que esté un poco nerviosa.

Piper sonrió e hizo un ademán con la mano hacia Tarek.

–Creo que está fascinada con nuestro invitado.

Kira lo miró de reojo y, al ver que no parecía molesto ni hacía ningún comentario, se volvió al mayor de los Mehdi.

–¿Es la cena del agrado del rey?

–Está deliciosa, como siempre –contestó Rafiq. Y preguntó a Tarek–: ¿Puedo ofrecerte algo más?

Tarek contestó mirando a Kira:

–No, gracias. Estaba todo delicioso. Por favor, dale las gracias al chef.

–Quizá quieras ir tú mismo a inspeccionar al servicio, Tarek –bromeó Adan

Piper le dio con el codo.

–Para ya. No creo que Tarek tenga problemas para conseguir citas.

Adan hizo una mueca de dolor.

–¡Qué violencia! Solo era una sugerencia por si a Tarek le interesa una mujer que claramente está obnubilada con él.

–Soy muy selectivo respecto a mis compañías femeninas. Aunque la criada es atractiva, es demasiado joven para mi gusto –comentó Tarek, lanzando una mirada a Kira.

Esta tomó la cesta del pan y retrocedió hacia la puerta.

–Diré que están satisfechos y enviaré a alguien con el pan y el agua. Buenas tardes –y se fue, indignada consigo misma por no ser capaz de permanecer indiferente a Tarek–. Por favor, lleva agua y pan a la mesa –dijo a la bonita joven recién contratada–. Y a partir de ahora, presta más atención a las necesidades de los comensales.

Cuando la chica salió, Kira se apoyó en una mesa mientras el cocinero seguía a los fogones, en el lugar que en el pasado había ocupado su madre. Se frotó las sienes y cerró los ojos como si pudiera protegerse de un incipiente dolor de cabeza cuya causa estaba sentada en el comedor. Un hombre magnético y arrogante. Una debilidad.

–¿Podemos hablar un momento a solas, señorita Darzin?

Tenía que ser él. Kira abrió los ojos bruscamente.

–Me temo que estoy ocupada, señor Azzmar.

–Podemos hablar mientras sigue haciendo sus tareas – contestó él, entrando en la cocina.

Kira no quería dar lugar a habladurías entre el personal.

–Será mejor que salgamos al pasillo.

–Después de usted –dijo él, indicando la puerta.

Kira salió precipitadamente, evitando las miradas de curiosidad de los trabajadores. Atravesó el pasillo y salió al patio.

–¿Te importaría no agobiarme? –preguntó volviéndose. Y casi chocando con él.

Tarek dio un paso atrás.

–¿Mejor así?

–Mientras te quedes a esa distancia, sí.

–¿Me tienes miedo, Kira? –preguntó él con expresión sombría.

–Claro que no –dijo ella. No lo temía a él, sino a lo vulnerable que se sentía en su presencia.

–Jamás te haría daño.

–Te creo –y era verdad, al menos no físicamente.

Tarek exhaló con fuerza.

–Tengo que admitir que tu actitud me confunde. Cuando nos conocimos tuve varias oportunidades de seducirte, pero no lo hice. De hecho, charlamos durante muchas horas antes de pasar la noche juntos. Creía que habíamos establecido cierto grado de confianza.

–Yo también. Hasta aquella noche.

–Se ve que me he equivocado al creer que lo que pasó fue con pleno consentimiento de ambas partes.

–Y lo fue –confirmó Kira–. Somos dos adultos.

–¿Y por qué me tratas como si fuera un paria que no merece tu respeto?

Estaba claro que no la comprendía, y Kira no sabía si podía explicárselo. Pero lo intentaría aunque significara revelar cómo le había hecho sentir su desaparición.

–Esa no es mi intención. Lo que compartimos fue un error, no solo porque no debía haber traspasado esa línea con un invitado del palacio, sino porque es evidente que no eres el tipo de hombre que mantiene relaciones monógamas. Al no saber nada de ti después de aquella noche, me sentí como si fuera una mujer de usar y tirar.

Un brillo de indignación destelló en los ojos de Tarek.

–Estás equivocada, Kira. Ya te he dicho que estaba ocupado por trabajo. Yo no trato así a las mujeres. –¿Y por qué no me dijiste que te ibas?

–Por respeto a tu petición de que no volviera a acercarme a ti.

–Eso no significaba que cortaras toda comunicación. Me sentí utilizada.

Tarek se frotó la barbilla.

–Lo siento mucho, y lamento que pensaras que nuestro encuentro no fue más que un mero entretenimiento. Si quieres que mienta y que diga que no te deseo, no lo conseguirás. Como mentiría si dijera que si vienes conmigo voy a poder controlar mi deseo. Si eso es lo que temes, quizá sea mejor que no vengas a Chipre. Preferiría que vinieras, pero la decisión es tuya.

Cuando Tarek se volvió para marcharse, Kira se dio cuenta de que si no lo acompañaba perdería la oportunidad de conocerlo mejor. Y debía hacerlo tanto por ella como por el bebé.

–Tarek, espera. Tenemos que hablar.

Él la miró con cara de frustración.

–Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

–Pero yo no –Kira se acercó a él–. Siento haberte malinterpretado. Me gustaría que retomáramos nuestra relación tal y como era originalmente.

–¿Cómo era?

–Una amistad –al ver que Tarek fruncía el ceño, Kira añadió– : A no ser que no seas capaz de ser amigo de una mujer.

–No creo que me resulte sencillo después de lo que hemos compartido, pero lo intentaré.

–Si es así, iré contigo a Chipre.

–¿De verdad? –preguntó él, incrédulo.

–Sí. Así pasaremos tiempo juntos y podremos conocernos mejor.

Tarek la miró con escepticismo.

–Tengo un gran sentido de la privacidad respecto a ciertos aspectos de mi vida.

–No voy a pedirte que me enseñes el extracto de tus cuentas ni voy a revolver en tus cajones en busca de secretos.

La expresión de Tarek se endureció.

–¿Qué te hace pensar que tengo secretos?

Su reacción desconcertó a Kira y le hizo sospechar que ocultaba algo. También ella.

–Todos tenemos secretos, Tarek. No tengo por qué pedirte que desveles los tuyos, a no ser que estés haciendo algo ilegal.

Tarek pareció relajarse.

–Te aseguro que todos mis negocios son legales.

–Me alegro –dijo Kira. E hizo la pregunta que podía determinar su futuro–. ¿Tu oferta sigue en pie?

–Sí. Mi chofer te recogerá a las cuatro para llevarte al aeropuerto.

Tenía menos de veinticuatro horas para prepararse… o para cambiar de idea.

–Entonces, nos veremos mañana por la tarde.

–Estaré esperándote ansioso. Que duermas bien, Kira.

–Tú también, Tarek.

Se produjo un silencio cargado, en el que Kira, para ignorar el súbito deseo de besar a Tarek, se acercó hacia la puerta que quedaba a la espalda de este. Pero cuando pasaba su lado, él la sujetó por la muñeca.

–Espero recuperar tu confianza, Kira –dijo.

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa y, soltándose, continuó su camino.

Establecer una relación de confianza entre ellos iba a ser difícil una vez Tarek conociera la información que le había ocultado, pero por el momento no podía preocuparse por eso. Debía hacer las maletas. Con suerte, no la molestarían.

–¿Estás ocupada, cara?

Kira levantó la vista de la maleta que estaba preparando en sus cómodos aposentos y vio asomar la cabeza de Elena Battelli por la puerta, con su perfecto cabello plateado y su habitual sonrisa.

–Siempre tengo tiempo para ti, Elena. Pasa.

Elena llevaba el traje de chaqueta azul marino que era uniforme de

los trabajadores de palacio.

Kira cerró la maleta y preguntó:

–¿He olvidado algo importante?

–No, hemos repasado la agenda en detalle, pero quería preguntarte algo –Elena se adentró en la habitación y se sentó en el borde de la cama–. ¿Conoces bien a Tarek Azzmar?

–He coincidido con él en algunos eventos –dijo Kira, optando por una media verdad–. ¿Por qué?

–Corren rumores entre el personal de que tú y él sois… amantes.

Kira la miró atónita, pero reaccionó con la mayor naturalidad posible.

–Ya sabes cuánto les gusta hablar, Elena. No puedes creer todo lo que se dice.

–¿Y por qué te has ruborizado, cara?

Kira se llevó las manos a las mejillas antes de dejarlas caer.

–No es agradable ser objeto de falsos rumores.

–Entonces no hay nada romántico entre Azzmar y tú.

–No –al menos no en el presente.

–Por lo tanto, no es el padre del hijo que esperas.

Kira se dejó caer en una butaca. ¿Se le notaría el embarazo en la cara? ¿Habría roto Maysa la confidencialidad entre médico y paciente? Cualquiera de las dos posibilidades era inconcebible.

–No sé qué te hace pensar que esté embarazada.

Elena sacó un bote de plástico del bolsillo.

–Esto se te cayó de bolso cuando te fuiste del despacho después de la reunión.

Kira se quedó paralizada, mirando el frasco de vitaminas para el embarazo, a la vez que intentaba pensar en una explicación convincente.

–Me han dicho que son buenas para el pelo y las uñas.

Elena sonrió con escepticismo.

–Hay unos suplementos minerales que dan mejor resultado. Y también sé cuándo una mujer joven oculta información a una mujer mayor.

Kira se dijo que había sido una ingenua al pretender engañar a la mujer más sabia que conocía. Dándose por vencida, dijo:

–Está bien, estoy embarazada. Pero no quiero que lo sepa nadie hasta que se lo diga al padre.

Elena fue hasta ella, se sentó a su lado y le tomó una mano.

–No tienes por qué revelar su nombre.

A Kira le desconcertó sentir que se le humedecían los ojos, y temió echarse a llorar cuando Elena le pasó un pañuelo y le dio una

palmadita en el brazo.

–No sé qué hacer, Elena. Me da miedo la reacción de Tarek cuando se lo diga –Kira tardó una fracción de segundo en darse cuenta de que la verdad había escapado de sus labios–. Y lamento haberte mentido.

–Es comprensible, cara –dijo Elena con dulzura–. Primero deben saberlo las personas implicadas. Supongo que piensas contárselo durante el viaje.

Kira se secó las mejillas.

–No sé si voy a decírselo. En parte he accedido a ir con él para conocerlo mejor y averiguar cómo va a reaccionar. Incluso para ver qué tal padre sería.

–¿Así que piensas quedarte con el bebé?

Kira ni siquiera era capaz de pensar más allá de las dos siguientes semanas.

–Maysa me ha hablado de la posibilidad de darlo en adopción, pero no sé si sería capaz de hacerlo. ¿Crees que soy una egoísta?

–No, cara mía. Eso te hace una madre.

Al ver que Elena se quedaba con la mirada perdida, sonriendo, Kira sintió curiosidad.

–¿En qué estás pensando?

–En el día en que tus padres te trajeron a Bajul tras su viaje a Canadá. La mayoría de la gente pensó que Chandra había ocultado su embarazo, pero yo sospeché que eras un regalo precioso que habían conseguido allí. Poco después tu madre me lo confirmó.

Kira la miró perpleja.

–¿Sabías que era adoptada?

–Sí, pero siempre he guardado el secreto. Y puedes confiar en que también guardaré el tuyo.

Kira sabía que podía confiar en la palabra de Elena, y se preguntó cuántos más secretos guardaría.

–¿Sabes algo de mis padres biológicos, aparte de que eran muy jóvenes? Mamá y papá nunca han querido hablar de ellos, y mi madre biológica no quiso hablar conmigo cuando la contacté.

Elena sacudió la cabeza.

–Lo siento, pero no, y lamento que no te hayan informado. Mi hijo es un caso parecido. Adan ha pasado casi toda su vida creyendo que su madre era otra mujer.

Kira le pasó un brazo por los hombros.

–No tenías otra opción, Elena. Tuviste que cumplir las órdenes del rey Aadil. Al menos ahora tenéis la oportunidad de conoceros como madre e hijo.

–Pero no podemos hacerlo abiertamente –dijo Elena–. Muy poca

gente sabe la verdad, y no me parece mal. Rafiq no puede arriesgarse a otro escándalo después de haber sobrevivido al de su matrimonio con una divorciada.

Kira pensó que ella también podía dar lugar a otro escándalo si revelaba la identidad del padre de su hijo, y por un instante pensó que lo mejor que podía hacer era retirarse a Canadá. Pero estaba demasiado cansada como para pensar, y no sabía qué otras opciones tenía.

Ocultó un bostezó tras una mano.

Elena se puso en pie y le acarició la mejilla.

–Necesitas dormir, cara mía. Recuerdo que cuando estaba embarazada de Adan, me quedaba dormida por las esquinas.

Kira se levantó y la abrazó.

–Gracias por escucharme. No sabes qué alivio significa tener a alguien con quien hablar.

–Siempre puedes confiar en mí, querida. Y si en algún momento necesitas consejo, ya sabes dónde me tienes.

–Gracias.

Cuando ya estaba en la puerta, Elena se giró y añadió:

–Ya que has decidido quedarte con el niño, espero que Tarek Azzmar resulte ser un buen padre en potencia. Como bien sabes, todo niño merece saber lo más posible de sus orígenes.

Y se marchó.

Aquellas palabras resonaron en la mente de Kira mientras se preparaba para ir a la cama. Su instinto le decía que podía confiar en Tarek. Su pasado la impelía a ser cauta. Ocho años atrás había sufrido las consecuencias de caer víctima de un hombre sin principios. Y deseaba con toda su alma que el padre de su hijo demostrara ser el hombre que ella había creído conocer inicialmente, y no alguien que utilizaba a una mujer para luego despreciarla.

Solo el tiempo demostraría si Tarek Azzmar era una enorme decepción o una agradable sorpresa.

Capítulo Tres

La alegría que sintió Tarek cuando Kira llegó al avión se diluyó ante el tono apagado de su saludo. Llevaba una blusa de gasa azul y una falda blanca por encima de la rodilla que le despertó la tentación de invitarla a la zona de reposo, pero por el momento, decidió respetar su promesa de mantener la relación a un nivel amistoso.

Le indicó uno de los asientos de cuero negro y se sentó frente a ella. Ambos guardaron silencio durante el despegue.

Cuando el piloto anunció que podía desabrocharse el cinturón, Tarek se puso en pie y preguntó:

–¿Quieres tomar algo?

–No, gracias –dijo Kira, sacando una revista del bolso. Luego miró a su alrededor y comentó–: Es un avión muy bonito, incluso más que los de los Mehdi, aunque sea más pequeño. Me extraña que no tengas servicio.

–Cuando el viaje es tan corto no lo considero necesario.

–Yo no diría que tres horas sean un viaje corto.

–Para mí lo es –dijo Tarek, que en realidad había optado por una mayor intimidad–. Así que seré yo quien te sirva. Tus deseos son órdenes para mí.

–No tengo ningún deseo, pero te lo agradezco.

Con un suspiro de frustración, Tarek fue hasta el mueble bar y sacó una botella de vino que reservaba para una gran ocasión. Ya que Kira no creía que hubiera nada especial en viajar con él, bebería para relajarse, aunque fuera a costa de una botella de veinte mil dólares.

Al volver a su asiento, vio que Kira ojeaba la revista.

–¿Qué lees?

Kira le enseñó la portada y contestó:

–Algo para pasar el tiempo.

–Nunca me han gustado las revistas del corazón.

Kira miró a Tarek airada.

–No es una revista del corazón. Tiene críticas de cine y de libros, y algunas historias de interés humano.

–Supongo que interesa si quieres conocer los adulterios, la adicción a las drogas y los embarazos secretos de las estrellas. Aunque el secreto dura poco en cuanto un paparazzi consigue la fotografía correspondiente de la actriz en estado en una playa tropical. Es repugnante.

–¿Las fotos o las actrices embarazadas?

–En cierto sentido, las dos cosas. Los ricos y famosos parecen

decididos a poblar el mundo dentro o fuera del matrimonio.

–Así que eres tradicional en lo que respecta al matrimonio y la paternidad.

–Lo que soy es práctico. No se trata de que alguien se case antes de quedarse en estado, sino de tener en cuenta el ambiente en el que va a crecer ese hijo. Me parece una irresponsabilidad exponer a una criatura a la vida pública.

Kira desvió la mirada y devolvió la revista al bolso antes de comentar:

–Supongo que es un riesgo que se corre cuando uno vive bajo los focos.

Tarek dio un sorbo al vino antes de dejar la copa en el hueco destinado a ello en el brazo del asiento.

–Yo odiaría vivir bajo un microscopio.

–Pero no te importa que tu fotografía se publique en la prensa económica. Y te he visto muy sonriente en varias portadas.

–Veo que estás bien informada.

–Hice una búsqueda en Internet antes de que vinieras la primera vez.

–¿Por orden del rey?

–No. Lo hago con todos los invitados de la familia real.

Tarek se relajó un poco.

–¿Qué más sabes de mi vida?

Kira se encogió de hombros.

–Poca cosa, aparte de que estás entre los quince hombres más ricos del mundo.

–Entre los diez.

–Disculpa el error. También sé que eres un filántropo. Leí un artículo sobre un orfanato que inauguraste en la ciudad de México.

Se había tratado de uno de sus más queridos proyectos, en el que se había implicado mucho personalmente.

–Era necesario, y tenía los medios para cubrir esa necesidad.

–Y supongo que te beneficiaste de una deducción fiscal.

A Tarek le irritó que pensara que siempre tenía motivaciones egoístas.

–Tengo bienes en numerosos países con sistemas de tributación distintos. Te aseguro que es la compasión y no obtener beneficios lo que rige mis actividades sociales.

–Lo siento –dijo ella, y parecía sincera–. Tiendo a desconfiar de los hombres con mucho dinero.

–¿Por qué?

–Por cuestiones personales.

Tarek creyó adivinar a qué se refería.
–¿Quién era él?
–No comprendo a qué te refieres.
Su lenguaje corporal le indicó a Tarek que había dado en el clavo.
–¿Quién fue el hombre rico que te rompió el corazón?
–¿Qué te hace pensar que se trata de un hombre?
–Lo intuyo.
Kira se encogió de hombros y se tapó la boca para bostezar.
–Tienes razón, tiene que ver con una relación anterior. De hecho, era mi prometido. Pero si no te importa, preferiría no hablar de ello. No he dormido bien y querría descansar un rato. Tarek se prometió volver a sacar el tema en otro momento.
–Tienes tiempo para echar una cabezada antes de llegar a Chipre. En la parte trasera hay un espacio para descansar.
–No necesito una cama. Puedo quedarme aquí.
–Si temes que intente acompañarte, puedes estar tranquila. No necesito dormir.
–Dudo que quisieras dormir.
Tarek sonrió.
–Me conoces bien.
–No tanto como espero conocerte al final de este viaje.
Aunque Tarek encontró el comentario enigmático, decidió no pedir una aclaración.
–Puesto que rechazas la cama, aprieta el botón de la derecha y se abrirá el reclinapies. El de la derecha inclina el respaldo.
Kira usó los dos botones y, echándose de lado, cerró los ojos.
–Despiértame en media hora.
Tarek se sirvió otra copa de vino. Al volver al asiento y mirar a Kira, pensó que resultaba más embriagadora que el alcohol. Dormida, tenía un aspecto inocente. Pero durante su encuentro había descubierto que era una excelente amante, excitante e imaginativa. Bastaba recordarlo para que le aumentara la presión en la ingle.
Aparte del delicado tono dorado de su piel, apenas tenía rasgos que indicaran su ascendencia de Bajul. La herencia genética de su madre canadiense era más fuerte que la de su padre. Era de una belleza indiscutible.
Durante aquellos días, Tarek confiaba en averiguar más cosas sobre ella, incluidos algunos detalles de la experiencia amorosa que la había destrozado emocionalmente. Pero aún más importante era demostrarle que no era un hombre que hiciera falsas promesas a las mujeres. Solo se casaría cuando alcanzara el poder y la riqueza que lo equipararan a los Mehdi. Esa sería su venganza por no haber visto sus derechos de

nacimiento reconocidos.

Kira estuvo despierta el tiempo suficiente como para bajar del avión y entrar en la limusina blanca que los esperaba para conducirlos a la casa de Tarek, pero al poco rato descubrió que se había vuelto a quedar dormida, y que apoyaba la cabeza en el hombro de Tarek. Irguiéndose y alisándose la falda, que se le había subido, dejando sus muslos prácticamente descubiertos, masculló:

–Lo siento. Se ve que tenía sueño retrasado.

–No hace falta que te disculpes –dijo Tarek, al tiempo que la limusina se detenía–. Estaba deseando llevarte en brazos a casa. No creo que peses mucho.

Kira se alegró de no haberse encontrado en una situación tan embarazosa.

–Permaneceré despierta el resto del viaje.

El chófer le abrió la puerta y cuando Kira bajó, a pasar de que el sol ya se estaba poniendo, pudo apreciar la grandeza de la mansión blanca, con un inmaculado jardín tropical y un garaje con espacio para cuatro coches.

Aceptó la mano que Tarek le tendía para bajar y lo siguió en silencio por el sendero de piedra. Un hombre con un traje blanco los recibió en el porche y abrió las dos hojas de la gran puerta de madera.

–Bienvenido, señor Azzmar.

–Bien hallado, Alexios –contestó Tarek–. Por favor, haz que lleven el equipaje de la señorita Darzin a sus aposentos.

–Como desee, señor –contestó Alexios, y fue hacia el coche.

Tarek le indicó la puerta a Kira y dijo:

–Adelante.

Cuando Kira entró, le sorprendió la modernidad de la decoración, que contrastaba con el estilo tradicional que Tarek había elegido para su casa de Bajul. El enorme salón tenía sofás y butacas de cuero gris marengo y blanco, almohadones negros y turquesas y varias mesas de cristal y cromo. Una gran televisión colgada en la pared ocupaba la parte superior de la chimenea. Pero lo más impresionante era la vista panorámica de una piscina iluminada desde el fondo, enmarcada por paredes de piedra y con el mar Mediterráneo de fondo.

–Increíble –dijo Kira–. Es un paraíso.

–Es un placer que te guste.

Kira se recordó que no estaba allí para dejarse llevar por el placer, y volviéndose hacia él, dijo:

–Estoy lista para trabajar cuando quieras.

–Hoy nos limitaremos a relajarnos y disfrutar.

–Por mí podemos empezar ahora mismo –insistió ella.

–Mañana a primera hora recorreremos el complejo. Ahora te acompañaré a tu dormitorio para que te refresques antes de la cena.

Kira decidió no protestar y lo siguió a lo largo de un pasillo que salía a la derecha.

Pasaron por varias habitaciones hasta que Tarek se detuvo ante una puerta y, abriéndola, dijo:

–Espero que sea de tu agrado.

Kira entró y vio su equipaje sobre un banco de bronce, al pie de una cama enorme cubierta por una colcha de seda blanca. Unas puertas de cristal daban acceso a una terraza privada, con hamacas y mesas de mimbre blanco. Y al fondo, una nueva vista espectacular al mar y a una playa privada.

–Desde luego que es de mi agrado –dijo, entrando–. ¿Seguro que no me has cedido tu dormitorio?

Tarek se acercó hasta casi tocarla.

–Mis aposentos están en el extremo opuesto.

«¡Qué lástima!» fue el primer pensamiento de Kira. «Menos mal», el segundo.

–¿Puedo darme una ducha antes de cenar? –preguntó, forzando una sonrisa.

–Ahí tienes el cuarto de baño –dijo Tarek, indicando una puerta doble.

Kira lo siguió y descubrió un baño que parecía un spa, con una ducha de cobre que podía acoger a un regimiento y una bañera junto a la pared con una pequeña ventana desde la que se divisaba otra increíble vista al mar.

–Supongo que tendré que conformarme –bromeó.

Tarek sonrió.

–Si no está a la altura de tus expectativas, puedes utilizar el mío. Creo haber mencionado que tengo una ducha de vapor y una sauna.

Kira pensó que desnudarse cerca de él era el camino directo a la boca del lobo.

Necesitando alejarse de él, se aproximó al tocador y deslizó la mano por el suave mármol blanco.

–Estaba bromeando. De hecho, es tan grande que podría perderme en él. Si ves que no llego, envía una batida.

–Si ese fuera el caso, te vendría a buscar personalmente. No me gustaría que el personal te encontrara desnuda –dijo él. Y sin dar tiempo a que Kira respondiera, retrocedió hacia la puerta y añadió–: Le diré al cocinero que cenaremos en una hora.

–Muy bien. ¿Dónde quieres que vaya?

Tarek le dedicó a Kira una mirada tan ardiente que sintió que la quemaba.

–Si contestó a esa pregunta sinceramente, dudo que cenemos.

–¿Dónde está el comedor? –preguntó ella, frunciendo el ceño.

–Bajo las estrellas –dijo Tarek.

Y se marchó, dejando a Kira sola con unas fantasías que sabía que debía evitar. Para ello, volvió al dormitorio y deshizo la maleta antes de optar por un vestido violeta sin mangas y unas pulseras de plata a juego con unos aros. En cuanto se le pasó por la cabeza que habría sido el vestuario adecuado para una cena romántica, se amonestó. Tenía que recordar que estaba allí para una misión que no tenía nada que ver con cenas a la luz de las velas y cielos estrellados. Necesitaba conocer al verdadero Tarek y decidir si podía ser un buen padre. Solo entonces le diría que estaba embarazada.

El apetito que mostró Kira sorprendió y agradó a Tarek. Durante la cena en la terraza había comido casi todo el queso y las aceitunas del aperitivo, toda la ensalada y apenas había dejado un poco de musaca.

–¿Has dejado hueco para el postre? –preguntó él.

–No. Si pruebo un bocado más voy a estallar –dijo ella, limpiándose los labios con la servilleta. Luego alzó la mirada al cielo y comentó–: ¡Qué noche tan preciosa!

Tarek la miró a ella y tuvo que obligarse a apartar los ojos de sus senos. No los recordaba tan voluminosos, pero la única vez que había hecho el amor no había tenido la oportunidad de inspeccionarlos adecuadamente. Quizá se le presentara durante aquellos días. Quizá podría acariciarlos con sus manos, lamerlos…

–Tarek, mis ojos están aquí arriba.

–Perdona. Estaba admirando tu cuello. Ahora que te has cortado el cabello se aprecia mejor lo delicado que es.

–Y lo mal que mientes tú –dijo Kira, sonriendo con sorna.

–Como tú misma has dicho, solo soy un hombre con los deseos propios de un hombre.

–Se ve que eres un hombre de pechos.

Pechos, piernas, nalgas.

–Admiro todas las partes del cuerpo femenino. Lo considero una obra de arte.

Y si hubiera podido retratarla en aquel instante, con el cabello alborotado por la brisa y sus hipnóticos ojos, habría sido un artista de renombre y no un hombre de negocios.

–Hablando de arte. ¿Podríamos visitar algún museo o ir a ver la Tumba de los Reyes?

A Kira se le daba tan bien como a él cambiar el tema de conversación.

–Si tenemos tiempo. Tengo mucho que hacer antes de la inauguración del verano, y cuento con tu ayuda.

Kira frunció el ceño.

–Dudo que solo te dediques a trabajar.

–Cuando se trata de negocios, soy muy obsesivo.

Kira se reclinó en el respaldo.

–¿Y te quedas en casa en tu tiempo libre? Que conste que no me extraña, es un lugar maravilloso. ¿Desde cuándo la tienes?

–No es mía. La alquilo desde hace un año y medio.

–Debe ser cara.

–Veinte mil euros al mes.

Kira casi se atragantó con el sorbo de agua que estaba bebiendo.

–A ese precio, te compensaría comprarla.

–Si eso es lo que quieres, considéralo hecho.

Kira miró a Tarek perpleja.

–¿Por qué ibas a comprar algo tan caro basándote en una opinión?

En realidad, Tarek había hecho una oferta al dueño hacía poco tiempo.

–Quiero creer que vas a volver aquí en el futuro. Un viaje de vacaciones, no de trabajo.

Kira deslizó el dedo por el borde del vaso y le provocó una presión instantánea en la ingle a Tarek.

–¿No te parece que te adelantas a los acontecimientos? Antes tendrás que comprobar cómo nos llevamos en estas dos semanas.

Tarek tenía la certeza de que, al menos en el plano físico, podrían llevarse a la perfección.

–Si no me equivoco, después de conocernos pasamos varios ratos juntos en los que tuvimos conversaciones muy interesantes.

–Y en esas ocasiones hablamos de política y del tiempo, pero no recuerdo que mencionaras nada sobre tus orígenes.

Por buenas razones.

–Te dije que había crecido en Marruecos y que mis padres habían muerto.

–¿Cómo eran tus padres?

–Unas personas decentes –Tarek podía decir eso con certeza del hombre que le había criado, aunque después de lo que había averiguado, no estaba seguro de poder decir lo mismo de su madre.

–¿Tienes hermanos?

Esa posibilidad estaba todavía pendiente de verificación, y era algo que no estaba dispuesto a compartir.

–¿Te gustaría darte un baño?

Kira suspiró.

–¿Te importaría por una vez hablarme de ti mismo y no de temas relacionados con tu trabajo?

Tarek no podía correr el riesgo de delatarse.

–Preferiría disfrutar de la piscina.

–No quiero mojarme el pelo.

–¿Un paseo por la playa?

–¿En la oscuridad?

–La luna nos iluminará.

Kira separó la silla de la mesa y se puso en pie.

–Perfecto. Y mientras paseamos puedes contarme qué estás ocultando.

Capítulo Cuatro

Se descalzaron y caminaron por la orilla, uno al lado del otro, sin tocarse.

–¡Qué paz! –comentó ella tras esperar un rato a que Tarek hablara primero.

–Sí –dijo él sin mirarla.

Kira decidió continuar charlando con la esperanza de hacerle hablar a él.

–Cuando estaba en la universidad fuimos a Barbados durante unas vacaciones de verano.

–¿Fuimos? ¿Quiénes? –preguntó Tarek en tono suspicaz.

–Mi prometido y yo. Su familia tenía una casa en Barbados, pero sus padres apenas iban porque preferían viajar a Europa.

–El hombre que te hizo daño –afirmó Tarek–. Debía ser rico.

Kira optó por darle algo de información, aunque no toda.

–Era el hijo de un sultán saudí que estaba estudiando en Canadá. Coincidimos en el programa de gestión de hoteles. Como yo hablaba árabe, conectamos muy pronto. Salimos un par de años y nos prometimos antes de separarnos.

–¿Por qué rompisteis?

Kira debía haber supuesto que le haría aquella pregunta, pero no quería proporcionarle más detalles.

–Por incompatibilidad.

–Creía que no mentías nunca.

–Es la verdad.

–Una verdad parcial. ¿Fue infiel?

Aunque Kira nunca había tenido pruebas, había habido numerosos rumores al respecto.

–Preferiría no hablar de esto.

Tarek se detuvo y la miró.

–Sospecho que tenía otras mujeres.

Los amargos recuerdos golpearon a Kira como las olas que se deshacían contra la orilla.

–En su momento no lo supe. Y ya que quieres saberlo, fue él quien me dejó al enterarse de que, aunque el rey me había pagado los estudios, no tenía vínculos de sangre con la familia real.

Tarek la miró con extrañeza.

–¿El rey te financió los estudios?

–Como agradecimiento a los años de servicio de mis padres. Era un hombre muy generoso, y como un segundo padre para mí.

Al oír a Tarek mascullar algo poco amable en árabe, sintió curiosidad.

–¿Tuviste algún problema con el rey Aadil?

–Ni lo conocí ni quise conocerlo, pero nunca estuve de acuerdo con sus políticas ultraconservadoras. Además, he oído rumores sobre sus infidelidades.

La lealtad de Kira hacia los Mehdi hizo que se enfadara, además de preguntarse si Tarek sabría algo sobre Elena y Adan. Por si acaso, decidió no mencionarlo.

–Sabes bien que no se puede hacer caso de los rumores.

–En mi experiencia, suelen tener algo de verdad, sobre todo cuando son frecuentes.

–Sin embargo, eso no te ha impedido hacer negocios con sus hijos.

–Pertenecen a una generación más progresista. Y el proyecto de conservación de agua es una gran inversión.

Sus constantes referencias al dinero molestaban a Kira, y eran una prueba de que quizá no podían llegar a ser pareja. Claro que Tarek nunca había insinuado que tuviera en ella un mayor interés que el meramente sexual.

–Sigue asombrándome que hayas hecho construir un minipalacio en Bajul para supervisar el proyecto.

–Tengo casa en muchos sitios, incluido Barbados.

Claro. Kira interpretó el comentario como un deseo de volver a un tono más ligero.

–¿Vas a menudo?

–No –dijo él, enfurruñado–. Apenas tengo tiempo libre.

Kira pensó que había interpretado mal sus intenciones y aceleró el paso para no quedarse atrás.

–¿Te has enfadado porque respeto al anterior rey a pesar de sus fallos?

Tarek se detuvo y, mirando al horizonte, contestó:

–Eso me da lo mismo. Lo que no me gusta es que estés empeñada en diseccionar mi pasado.

Kira solía seguir sus instintos y en aquel momento pensó que no se equivocaba al creer que Tarek ocultaba algo.

–Solo porque pareces obsesionado con ocultarlo.

–Ya te he dicho que me gusta preservar mi privacidad y, dado mi trabajo, no es fácil.

Kira podía entenderlo, pero aun así…

–Vale, guárdate tus secretos, aunque yo acabe de contarte los míos. Pero recuerda que eso no ayuda a construir una verdadera amistad.

Tarek la miró de soslayo.

–Puede que no quiera ser tu amigo.

Kira se sintió herida.

–De acuerdo. Si eso es lo que quieres, nos mantendremos en un plano puramente profesional.

Él la tomó por los hombros y dijo:

–No quiero ser tu amigo porque quiero ser tu amante.

–Tarek, yo…

Tarek la atrajo hacia sí, ahogando su protesta.

–Quiero volver a besarte, estar dentro de ti, e intuyo que tú quieres lo mismo.

Claro que lo deseaba, pero…

–Estás poniéndomelo muy difícil…

–Tú sí que me lo has puesto difícil –dijo él, tomándole la mano y llevándosela a la entrepierna antes de volverla a su pecho–. Verte con ese vestido, observar cómo la brisa juega con tu cabello, solo aumenta mi deseo.

–Pretendes distraerme haciéndome preguntas –dijo Kira con voz quebradiza.

Tarek la besó delicadamente en el cuello y detuvo los labios tras su oreja.

–Estoy intentando portarme bien.

–Me habías prometido no hacer esto –la falta de convicción en el tono de Kira, la incapacidad de empujarlo, demostró que su resistencia empezaba a flaquear.

–Dije que intentaría no hacer esto –Tarek le besó en la mejilla delicadamente–. O esto…

Entonces posó sus labios sobre los de ella, la besó una vez, dos, antes de capturarlos entre los suyos.

Kira se debatió interiormente, consciente del error que estaba cometiendo a la vez que participaba activamente en el beso. Aceptó sin titubear su lengua en su boca, sus manos masajeándole la espalda, la cálida humedad que le provocó sentir su erección contra la pelvis.

«Exactamente como la otra vez», pensó Kira, a la vez que le deslizaba la mano por debajo de las medias y le apretaba las nalgas, presionándola contra sí mientras el beso se hacía más intenso, más profundo. Si no lo detenía, acabarían haciendo el amor sobre la arena.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, Kira rompió el beso y retrocedió unos pasos, jadeante.

–Tarek, no podemos.

Él se pasó una mano por la nuca.

–Te aseguro que sí. En cuestión de segundos.

–Pero no quiero.

Tarek la miró entornando los ojos.

–¿Quieres decir que no me deseas?

–Esa no es la cuestión. No quiero cometer un error del que me arrepienta.

–Así que crees que el deseo que sentimos el uno por el otro es un error.

Tarek no tenía ni idea del grave error que habían cometido por dejarse llevar.

–No creo que sea una buena idea que nos ciegue.

–Si es así, te acompaño a tus aposentos –dijo él en un tono en el que se mezclaban la frustración y la humillación del rechazo.

Mientras retornaban en silencio, Kira también se sintió desilusionada. Pero tenía que mantener la cabeza despejada para poder decidir si Tarek debía estar vinculado al futuro de su hijo. No dudaba que fuera a ofrecerle un apoyo económico, pero ella quería saber si también podría implicarse emocionalmente. Y si no era así, estaba dispuesta a no volver a verlo.

Al llegar al dormitorio, Kira se sintió en la obligación de decir algo amable.

–Lo he pasado muy bien, Tarek. Y estoy segura de que cualquier mujer se sentiría halagada si te fijaras en ella.

–Menos tú.

–Yo también, pero debo ser cauta. No puedo volver a estar contigo mientras tema que me hagas daño.

El rostro de Tarek se relajó.

–Si no me equivoco, quedamos en que nuestra relación sería circunstancial, sin complicaciones. ¿Qué ha cambiado?

Todo.

–He descubierto que no soy el tipo de mujer que se conforma solo con sexo. Necesito algo más.

Tarek la miró como si estuviera a punto de salir huyendo.

–¿Cuánto más?

–Necesito a alguien que me valore por mí misma. No una relación de una noche.

Tarek se frotó la barbilla.

–Mi estilo de vida no me ha permitido mantener ninguna relación duradera.

–¿No quieres tener esposa e hijos?

Tarek le tomó las manos a Kira.

–Me niego a hacerte promesas falsas para arrastrarte a mi cama. Pero desde aquella noche, solo he pensado en ti. Aun así, si no quieres aceptar lo que te ofrezco, ser un amante atento y tratarte como te

mereces, dilo ahora y no volveré a molestarte.

Eso no era lo que Kira habría querido escuchar.

–¿Quieres decir sexo sin ataduras?

–La vida es corta y me gusta disfrutarla al máximo. No se me ocurre una manera mejor que pasándolo bien con una mujer excepcional.

Kira se apoyó en la pared, junto a la puerta.

–¿Intentas convencerme con bonitas palabras?

–Nunca dudes de mi sinceridad respecto a ti. Eres excepcional; extremadamente inteligente y de una sensualidad explosiva. Tu antiguo amante fue un idiota si no reconoció esos atributos en ti.

El sentido común dictó a Kira que lo dejara irse en aquel mismo instante. El niño que crecía en su vientre, le pidió que no lo hiciera. Pero la voz que sonaba a mayor volumen en su cabeza era la del corazón. Y esa voz le advertía, tal y como había hecho durante sus encuentros anteriores, que podía enamorarse de él fácilmente.

Decidió acallarla por el momento.

–Entiendo lo que me dices y solo puedo prometerte que lo pensaré.

Tarek le besó las palmas de las manos antes de soltárselas.

–Eso es todo lo que te pido. Nos vemos mañana temprano.

Quizá por la mañana vería la situación de otra manera.

Cuando la limusina tomó el desvío que conducía al hotel, Kira fue consciente por primera vez de hasta qué punto Tarek era rico.

Era perfecto. Desde la fachada blanca de piedra con dos fuentes flanqueando la entrada; tres pisos de habitaciones, todas con balcón, se abrían en abanico a partir de lo que debía ser el vestíbulo. El jardín, cuyo diseño habría sido del agrado de su padre, era frondoso y tropical.

Desafortunadamente, no pudo expresar su admiración al dueño del complejo porque, según le había hecho saber Alexios, se había marchado a primera hora. Al saberlo, se le había hecho un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con el embarazado, sino con la desilusión de que se hubiera dado por vencido tan fácilmente en su campaña de seducción.

El chófer la ayudó a bajar y cuando Kira se acercaba a la entrada, una mujer salió a recibirla. Poseía una belleza clásica, de ojos oscuros y piel dorada, y llevaba un impecable traje de lino blanco. La sonrisa que le dedicó fue tan perfecta que parecía ensayada.

–Bienvenida, señorita Darzin –saludó, tendiéndole la mano– . Soy Athena Clerides, la compañera de trabajo de Tarek.

El nombre de diosa le iba bien, y a Kira le extrañó que Tarek no la

hubiera mencionado en ningún momento.

–Es un placer, señorita Clerides –dijo, estrechándole la mano.

–Por favor, llámeme Athena.

–Solo si tú me llamas Kira.

–De acuerdo. Sígueme y te explicaré lo que necesitamos de ti.

–¿Tarek no está aquí?

Athena abrió la gran puerta de entrada.

–Está ocupado con su proyecto actual. Quiere que veas los planos de la cocina.

–La verdad es que no soy una especialista, pero puedo dar mi opinión.

–Está claro que Tarek valora tu opinión –dijo Athena con un tono en el que Kira creyó percibir cierta animosidad–. Por favor, sígueme.

Athena la precedió por un vestíbulo amplio con una gigantesca alfombra persa que cubría el suelo de mármol negro.

Al contrario que la casa privada de Tarek, la decoración era tradicional, con muebles de madera lustrada y sofás tapizados en rojo, violeta y dorados. Tomaron a la izquierda un largo corredor y se detuvieron ante un amplio espacio, vacío excepto por una isla central de acero inoxidable.

–Aquí irá la cocina –anunció Athena.

–¿Tenéis idea de cómo va a ser la distribución?

–Claro –Athena fue hasta la isla, tomó una tableta y se la mostró a Kira–. Este es el plano actual.

Kira lo estudió antes de preguntar:

–¿Solo un frigorífico?

Athena la miró como si fuera tonta.

–Sí, pero muy grande.

Kira continuó estudiando el plano.

–¿Pensáis servir vino? –preguntó.

–Sí, confiamos en tener huéspedes de todo el mundo.

Y ricos, sin duda.

–Entonces yo sugeriría que añadierais un frigorífico para el vino.

–Lo tendré en cuenta, pero hoy se van a instalar los armarios y los electrodomésticos, y resultaría caro hacer un cambio a última hora.

Kira dudaba de que a Tarek fuera a importarle.

–Seguro que Tarek ha hecho provisiones para gastos extra –esquivó la mirada de Athena concentrándose de nuevo en el plano–. ¿El restaurante es solo para los huéspedes o estará abierto al público?

–Las dos cosas.

–Entonces yo añadiría una superficie de trabajo cerca del friegaplatos. Mi madre decía que nunca hay suficiente espacio para

trabajar.

Athena sonrió.

–Es una buena idea, aunque quizá tardemos un par de días en llevarla a la práctica.

Kira se alegró de que empezaran entenderse.

–No es un retraso grave.

–¿Tu madre era cocinera?

Kira le devolvió la tableta a Athena.

–Era chef. Trabajó para el anterior rey de Bajul durante muchos años. Mi padre estaba al cargo de los jardines.

–Ah, eres hija del servicio –dijo Athena, enarcando una ceja.

Kira se sintió como una niña pequeña, una plebeya entre la aristocracia; pero no iba a permitir que el esnobismo de Athena le hiciera sentir insegura.

–Así es, y estoy orgullosa de ello. Por eso les sigo los pasos.

–¿Como cocinera o como jardinera?

Kira sintió que la sangre se le calentaba.

–Ninguna de las dos cosas. Soy la jefa de administración del palacio.

Athena sonrió con superioridad.

–¡Qué suerte que la humilde posición de tus padres te haya dado acceso a ese puesto!

A Kira le desconcertó que Athena adoptara una actitud tan beligerante, pero no pensaba ponerse a su nivel.

–El puesto lo conseguí porque hice la carrera de gerente de hotel, y porque el rey actual me recomendó.

–Ya veo. ¿Y fue el rey quien te recomendó a Tarek?

Cada palabra de Athena destilaba rabia contenida.

–Así es, me pidió que acompañara a Tarek como asistente temporal.

Athena la miró como si hubiera mordido un limón.

–Puesto que os tuteáis, ¿exactamente en qué lo asistes?

Kira súbitamente se dio cuenta de que el problema era que Athena estaba celosa.

–Tarek y yo hemos coincidido varias veces y somos amigos. Si insinúas que hay algo entre nosotros, te equivocas. Y si te molesta trabajar conmigo, lo mejor es que hables con él.

Athena pareció relajarse.

–Disculpa mi suspicacia, pero he trabajado muchos años con Tarek y lo conozco bien. Le gustan las mujeres atractivas como tú.

Kira sospechaba que la relación entre Athena y Tarek había pasado de la sala de juntas al dormitorio.

–¿Desde cuándo trabajas con él?

–Hace ocho años –dijo Athena con orgullo–. Hemos recorrido el mundo juntos y como soy chipriota, le convencí para que construyera este hotel.

Era evidente que Athena y Tarek tenía una relación muy estrecha, y Kira prefirió no analizar por qué la perturbaba tanto.

–Estoy segura de que tendréis mucho éxito en este y en proyectos futuros. ¿Hay algo más de lo que quieras hablar?

Athena pareció reflexionar.

–Sí. ¿Cuándo conociste a Tarek?

La pregunta tomó a Kira de sorpresa.

–Hace poco más de tres meses. ¿Por qué?

Athena rodeo la isla cruzada de brazos.

–Eso explica su reciente comportamiento.

–A qué te refieres.

Athena miró a Kira fijamente.

–Sospechaba que estaba interesado en otra mujer, y deduzco que esa mujer eres tú.

Kira optó por negarlo.

–Estoy segura de que te equivocas.

–Y yo de que no –Athena pareció vacilar antes de seguir–: Noté los primeros cambios cuando volvió de Bajul. Parecía distraído y distante, cuando siempre había sido muy solícito conmigo.

Kira confirmó sus sospechas.

–Disculpa si te ofendo, pero asumo que Tarek y tú sois amantes.

Athena hizo una mueca.

–Lo éramos hasta hace tres meses, cuando me dijo que habíamos acabado y que era libre.

Era evidente que Athena estaba profundamente dolida y Kira no sabía qué decir.

–Lo siento. Está claro que te sigue importando –comentó finalmente.

Athena se encogió de hombros.

–Sabía que no quería una relación seria. Pero tiene tanto carisma y es tan atractivo que consigue que las mujeres olviden sus convicciones… junto con su ropa. Te lo digo para que estés advertida.

El aviso llegaba tarde.

–Como he dicho, Tarek y yo tan solo somos amigos.

–Por cómo te has ruborizado, sospecho que no es del todo verdad.

–Aunque no sea necesario, tendré muy en cuenta tu consejo –se limitó a decir Kira.

–Solo así podrás proteger tu corazón –Athena vaciló antes de

añadir–. ¿Le has preguntado algo sobre las llamadas de teléfono?

–¿Qué llamadas?

–Las que hace todas las tardes a la misma hora.

Kira no había estado con él lo suficiente como para haberlo notado.

–No.

–Pues presta atención y comprobarás que las hace. Es un misterio.

–¿Insinúas que llama a una mujer?

–Esa era mi sospecha, pero nunca la he confirmado. La identidad de la persona que está al otro lado de la línea sigue siendo un misterio para mí. Puede que tú lo descubras.

Kira decidió dar la conversación por terminada.

–¿Puedes indicarme dónde está Tarek ahora? –preguntó.

–Supongo que lo encontrarás en el patio.

–¡Qué situación más extraña, Tarek!

Tan extraña como encontrarlo vestido con pantalones blancos de pintor y sin camisa colocando piedras grises en un muro decorativo cerca de la piscina vacía, y tan concentrado en su labor que pareció no haberla oído. Kira aprovechó las circunstancias para observarlo. Entonces él se volvió, permitiéndole disfrutar de su aspecto desaliñado, de su torso bronceado y de su plano vientre. Y cuando Kira alzó la mirada, sus ojos se clavaron en sus labios.

Frunciendo el ceño, él se secó las manos en un trapo y preguntó:

–¿A qué te refieres?

Kira tuvo que sacudirse de su contemplación y recordar la incómoda conversación que había mantenido con su exnovia.

–A que me has mandado a una leonera con la líder de la manada dentro.

–No te comprendo.

–Podías haberme advertido de que Athena y tú erais amantes.

Tarek dejó el trapo y la miró con gesto contrariado.

–¿Te lo ha dicho ella?

–Sí, porque asume que soy su sustituta.

–¿Y tú qué has dicho?

–Que se equivocaba. También me ha advertido de que eres un rompecorazones.

Tarek la miró con el ceño fruncido.

–Preferiría no hablar de esto aquí.

De acuerdo. Lo discutirían por la noche.

Kira se fijó entonces en el intrincado diseño de la pared que Tarek estaba haciendo.

–¿Dónde has aprendido a hacer eso? –preguntó.

Tarek colocó una pieza de color óxido.

–Me educó el hombre con el que crecí.

–¿Tu padre?

–Sí.

–¿Y por qué te refieres a él de esa manera?

Tarek miró a Kira por encima del hombro.

–¿No es el hombre con el que crecí?

–Sí, pero… –Kira decidió no discutir–. ¿Era una afición o era albañil?

–Era su trabajo, y lo llevó a la tumba –dijo Tarek, mirándola de frente.

–¿Tuvo un accidente laboral?

–Tenía un problema de corazón y murió antes de cumplir cincuenta años, como su padre.

Kira se llevó la mano al vientre.

–Supongo que eso hace que te preocupes por tu salud – comentó.

–No.

Kira pensó que no decía del todo la verdad. En cuanto a su hijo, le inquietó la herencia genética que pudiera heredar.

–¿Y tu madre? –preguntó

Una sombra le veló el rostro a Tarek.

–Sufrió una neumonía cuando yo tenía diez años, de la que nunca se recuperó. Desde ese momento no tuvo fuerza de voluntad.

Kira lo miró sorprendida.

–¿No eres algo severo con la mujer que te dio la vida?

–Según su marido, esa es la verdad. Yo apenas la recuerdo.

Era curioso que no fuera capaz de pronunciar la palabra «padre». Quizá esa incapacidad estaba en el origen de su dificultad para comprometerse. ¿Habría engañado su padre a su madre? O tal vez había sido frío y distante. Kira confiaba en averiguarlo.

–Debe de ser horrible perder a tus padres tan pronto en la vida. Yo no sé qué haría sin los míos.

Tarek se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

–Me alegro de que tuvieras una infancia estable. Ahora, si me disculpas, tengo que seguir trabajando. Nos veremos más tarde en casa.

Esa era una manera de despedirla sin contemplaciones. Y Kira decidió que lo dejaría pasar… por esa vez.

–Muy bien. Espero verte a la hora de comer.

Capítulo Cinco

Cuando Tarek volvió ya se había puesto el sol. La perturbadora conversación con Kira le había hecho retrasarse para evitar más preguntas y por intentar enterrar los recuerdos que había invocado.

Tarek había amado a su madre profundamente, y había padecido tras su muerte. Hasta que había descubierto sus infidelidades. Desde ese instante se había concentrado en construir un imperio y en evitar las relaciones personales.

Aquella noche estaba decidido a olvidar y a concentrase en la mujer que confiaba que le ayudaría a hacerlo. Si para ello era necesario contestar algunas de sus preguntas, lo haría.

A la vez que entraba en el vestíbulo, vio una figura a contraluz acercándose a la piscina. La curva de sus caderas y la gracilidad de sus movimientos no dejaban duda de quién se trataba.

De un salto de cabeza perfecto, Kira se sumergió en el agua y nadó un largo, Tarek se sentó en una silla y esperó a que notara su presencia, y continuó esperando hasta que empezó a impacientarse. Cuando ya iba a llamarla, Kira salió por el extremo opuesto de la piscina, tomó una toalla y comenzó a secarse… lentamente.

Llevaba un biquini que dejaba expuesta suficiente piel como para enloquecer a cualquier hombre. Y Tarek sitió una erección instantánea al imaginar sus manos sobre ella.

–Veo que has decidido volver.

El comentario de Kira sacó a Tarek de su trance sexual.

–Disculpa que me haya retrasado. Se me ha hecho tarde y tenía que darme una ducha –la misma que debería darse en aquel momento. Y bien fría.

Kira se envolvió la toalla a la cintura y se sentó en una hamaca, a su lado.

–¿Has cenado?

–Sí.

–¿Con Athena?

–No. Solo, en una cafetería del hotel. Supongo que tú ya has comido.

Kira se reclinó en el respaldo. La toalla se abrió, exponiendo sus muslos y alimentado el fuego en la ingle de Tarek.

–Sí. Una ensalada de marisco.

–Me disculpo de nuevo por no haber llegado a tiempo.

–Acepto tus disculpas si me aclaras algunas cosas.

–Lo intentaré –dijo Tarek, consciente de que tendría que ofrecerle

varias verdades a medias.

–¿Cuál es tu relación con Athena?

–Tenemos una relación profesional. Eso es todo.

–Pero no siempre ha sido así, Tarek. ¿Hasta qué punto fuisteis en serio?

–Solo mantuvimos una relación de conveniencia. Nunca hablamos de nada permanente.

–Deberías aclarárselo –dijo Kira, pasándose la mano por el pelo.

–Athena lo sabe perfectamente.

–Puede, ¿pero sabes que está enamorada de ti?

Tarek lo sospechaba aunque ella nunca hubiera dicho nada al respecto.

–A Athena le encantan los retos y la conquista. Solo puedo herirla en su orgullo.

Kira rio con sarcasmo.

–Para ser tan listo, no sabes nada de mujeres.

–Admito que son un enigma, pero conozco bien a Athena.

–Si no te has dado cuenta de que te quiere, no debes conocerla tan bien.

A Tarek le incomodaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

–Los dos acordamos que no habría nada sentimental entre nosotros.

–Tarek, las mujeres no somos como los hombres. Solemos ser esclavas de nuestras emociones, y eso a veces conduce ese terrible sentimiento: el amor.

–El amor desafía a la lógica.

–El amor no es lógico –dijo Kira, suspirando–. Consiste en querer a alguien tanto que no puedes concebir la vida sin él. Claro que un hombre tan lógico como tú no debe saber de qué estoy hablando.

–No es que no sea capaz de sentir compasión, Kira, sino que necesito mantener la cabeza fría para tener éxito.

Kira pareció impacientarse con él.

–Te refieres a tener éxito profesional, supongo. Por si no lo sabes, la vida no consiste solo en construir hoteles y hacerse rico. ¿Qué sentido tiene tener todo el dinero del mundo si no lo puedes compartir con quien amas?

–No se trata solo del dinero, sino de conseguir las metas que uno se propone.

Kira se puso en pie y se quitó la toalla.

–Hablando de retos, todavía tengo que nadar unos cuantos largos.

–Te acompaño –dijo Tarek, poniéndose en pie.

–Muy bien. Pero para cuando te cambies ya habré acabado –dijo Kira. Y se sumergió en la piscina.

Tarek pensó en la solución para no retrasarse, y aunque dudó si hacerlo por si ofendía a Kira, decidió arriesgarse. Se acercó al borde, se desnudó completamente y se tiró al agua, donde Kira seguía nadando.

Tarek nadó hasta la parte menos profunda y la esperó. Cuando llegó, la tomó por la muñeca y la atrajo hacia sí.

–¿Qué haces? –preguntó ella, retirándose el cabello de la cara.

–Temo que estés haciendo demasiado ejercicio.

–Eso lo juzgo yo. ¿Cómo te has cambiado tan pronto? ¿Llevabas el bañador debajo?

–He preferido no perder el tiempo cambiándome.

Kira se dio cuenta de lo que quería decir.

–Estás desnudo.

Tarek no pudo evitar sonreír.

–Puede ser.

Kira alargó la mano hacia la espalda de Tarek y la pasó por sus nalgas.

–¡Cómo te gusta hacerte el niño travieso!

–Puede ser –repitió Tarek–. Se me da bien.

Kira puso los ojos en blanco.

–Ya lo sé. Ahora, sino te importa, quiero seguir nadando.

Tarek le besó levemente en la mejilla.

–A mí se me ocurre un ejercicio mucho más placentero.

Cuando le besó el cuello, Kira musitó:

–No es justo.

–Claro que es justo. Es lo que los dos queremos. Lo sé por cómo tiemblas.

–Es injusto porque estás seduciendo a una mujer cargada de hormonas.

Tarek le susurró al oído.

–Y yo soy un hombre cargado de hormonas –le tomó la mano a Kira y se la llevó a su endurecido miembro–. Te deseo desesperadamente.

–Veo, o mejor dicho, palpo, lo que quieres decir –susurró ella, jadeante.

Cuando Kira empezó a acariciarlo, Tarek fue consciente de que no podría controlarse, así que, haciendo acopio de fuerza de voluntad, la tomó por la cintura y la subió al borde de la piscina y empezó a besarla a la vez que le soltaba la parte de arriba del biquini.

Al ver que no protestaba, Tarek tiró el sujetador a un lado y atrapó

uno de sus pezones con la boca. Mientras trazaba círculos a su alrededor, Kira le sujetó la cabeza y, con un suspiro, susurró:

–Me voy a odiar por esto.

El comentario tuvo el mismo efecto en la libido de Tarek que un jarro de agua fría. No quería estar con una mujer que actuaba contra su voluntad.

Soltándola, subió la escalerilla.

–¿Qué haces? –preguntó ella, atónita.

Tarek le lanzó la toalla antes de reunir su ropa.

–Me voy a la cama.

Kira se cubrió con la toalla y fue hacia él.

–Para serte sincera, no me gusta que me excites y luego me dejes sin ninguna explicación.

Tarek se puso los calzoncillos antes de explicar:

–Por mucho que quiera hacer el amor contigo, no quiero ser la causa de que te arrepientas por la mañana.

–Me cuesta resistirme, pero al mismo tiempo no quiero complicar la situación tomando una decisión equivocada –dijo

Kira.

–No tiene por qué ser complicado. Somos dos adultos que disfrutan del sexo.

Kira lo miró irritada.

–¿Y qué pasa cuando volvamos a Bajul? ¿Fingimos que no ha pasado nada entre nosotros?

Lo cierto era que Tarek no podía concebir no volver a verla. La encontraba fascinante, y pensaba en ella continuamente. Sin embargo, temía no estar a la altura de su ideal de hombre. –Te engañaría si hiciera promesas que en este momento no voy a poder cumplir. Si aun así quieres explorar nuestro mutuo deseo, me harás muy feliz. De otra manera, puedes estar tranquila. No volveré a molestarte.

–Muy bien –dijo ella. Y ya se alejaba de él cuando se volvió para añadir–: Si tú puedes olvidarte de lo que ha pasado entre nosotros, allá tú. Pero yo acarrearé las consecuencias durante muchos años.

Después de que entrara en la casa, Tarek se sentó y reflexionó sobre aquel enigmático comentario. Se resistía a aceptar que su comportamiento la hubiera herido tan profundamente. Pero también era verdad que Kira conservaba una inocencia respecto a las relaciones muy distinta al escepticismo que él había desarrollado a lo largo de los años.

Tendría que distanciarse de ella, aunque no volver a tocarla le resultara inconcebible. Pero aunque no pudiera amarla, al menos podría demostrarle que no era el monstruo que ella creía. Que la

valoraba. Y lo haría sin recurrir a seducirla, lo cual convertía aquella misión en un auténtico reto.

–¿Que quiere que haga qué?

Athena entró en el ascensor y esperó a que Kira entrara y se cerrara la puerta antes de responder.

–Tarek quiere que elijas los últimos detalles de su suite.

Kira encontraba la petición de Tarek totalmente absurda.

–¿No le corresponde a él, o a ti? Después de todo, lo conoces mucho mejor que yo.

–Yo pienso lo mismo. Pero Tarek ha insistido en que lo hagas tú.

Era evidente que a Athena no le hacía ninguna gracia.

–De acuerdo, pero me gustaría que me ayudaras.

–Encantada –dijo Athena, abriendo la puerta de dos hojas con un gesto teatral–. Aquí estamos.

Kira entró en una enorme habitación iluminada con la luz natural que penetraba por una gran cristalera con impresionantes vistas a la playa. Aparte de una gran cama y un escritorio, estaba vacía.

Athena cruzó hasta un vestidor doble y señalando, comentó:

–El diseñador te ha dejado unas muestras de baldosas para el cuarto de baño.

Kira las estudió y señaló una.

–Esta no sirve porque a Tarek no le gusta el verde.

–Se ve que lo conoces mejor de lo que pensabas –dijo Athena.

Kira sonrió.

–No creas. Solo recuerdo habérselo oído decir en una ocasión.

–Dado que es el color asociado con el dinero, es raro.

Kira pasó por alto el cínico comentario y siguió revisando las muestras.

–Yo diría que el gris irá bien para la ducha; la porcelana blanca para el suelo, y el mármol de Carrara para el tocador. El bambú oscuro hará un contraste agradable en el suelo.

–Estoy de acuerdo –dijo Athena. Y sonó sincera–. ¿Y en cuanto a la gama de color del dormitorio?

Cuando Kira se irguió sintió que la cabeza le daba vueltas.

–Creo… Tengo que sentarme.

Con gesto preocupado, Athena la tomó por los hombros y la llevó hasta la cama.

–¿Quieres algo?

–Un poco de agua –gimió Kira, confiando en que el mareo remitiera.

–¿Has desayunado? –preguntó Athena.

–Un zumo de piña.

–Entonces será mejor que traiga algo para comer. Entre tanto, échate si quieres.

Cuando Athena salió, Kira se quitó las sandalias, se tumbó y se tapó los ojos con el antebrazo. Dormir poco no estaba ayudando a que se sintiera mejor. La noche anterior había estado a punto de contarle a Tarek lo del bebé, pero había perdido el valor en el último momento. Quizá debía decírselo. O no. Necesitaba más tiempo, una mejor oportunidad, esperar a estar en un lugar más privado, donde nadie pudiera interrumpirlos en el momento en que ella dijera: «Por cierto, Tarek, estoy embarazada...».

–¿Te encuentras mal, Kira?

Hablando del futuro padre… Kira retiró el brazo y vio a Tarek al pie de la cama con un vaso de agua en la mano.

–Perfectamente. No dormí bien anoche.

Tarek se aproximó y le ofreció el brazo.

–Deberías volver a casa a descansar.

Kira se incorporó para apoyarse en el cabecero y bebió.

–Hoy apenas he hecho nada aparte de elegir unas baldosas. Por cierto, ¿por qué quieres que decore yo la suite?

–Porque valoro tu criterio.

–Aun así, deberías opinar tú. Puede que me equivoque.

–Mientras no elijas verde, todo irá bien.

–Has hablado con Athena.

Tarek sonrió.

–¿Cómo si no iba a saber que estabas enferma?

–No estoy enferma, Tarek, estoy... –no podía decírselo. Necesitaba más tiempo; estar preparada–. Solo estoy fatigada.

Tarek la miró con inquietud.

–Definitivamente, debes ir a casa a descansar. Quiero que hagas un cosa esta tarde que te va a gustar, pero solo si te encuentras bien.

–Seguro que puedo hacerlo, pero, ¿es algo que puedo hacer vestida?

Tarek vaciló antes de contestar:

–Sí. Vístete formalmente y nos encontraremos en la entrada a las nueve.

Kira se alarmó.

–No tengo nada que ponerme. Solo he traído ropa informal o de trabajo.

–No te preocupes, haré que lleven algo a casa. ¿Tienes un color favorito?

Kira le permitió que le ayudara a incorporarse.

–Seguro que me gusta lo que elijas.

Tarek le dedicó una amplia sonrisa, que Kira recibió como un rayo de sol.

–Haré que Athena elija el vestido.

Kira temió acabar llevando una armadura.

–Vale. ¿Vas a darme una pista de lo que vamos a hacer?

–Solo te diré que va a ser una experiencia inolvidable.

Kira tuvo la certeza de que no mentía.

–¿Hasta qué punto conoces a Kira Darzin?

Sentado en su despacho en el hotel, Tarek continuó estudiando el informe de gastos para evitar el interrogatorio de Athena.

–Veo que hemos superado el presupuesto original de la cocina.

–La culpa es de tu nueva protegida. Tarek dejó a un lado el documento.

–No es mi protegida. Trabaja para mí.

Athena recorrió la habitación como un animal enjaulado.

–Te he visto comportarte de muchas maneras con las mujeres, pero nunca como un idiota.

–¿Qué quieres decir exactamente, Athena?

Ella se detuvo y con los puños apretados a ambos lados del cuerpo, dijo:

–Yo creo que sugiere cambios costosos para sabotearte y que gastes más de lo que calculabas.

–¿Por qué iba a hacer eso?

Athena volvió a caminar.

–Quizá para vengarse. Sospecho que la has herido y te intenta castigar con lo que más te importa: tu fortuna.

Tarek tuvo que contener su enfado.

–El precio de los cambios es insignificante en comparación con el precio total, Athena. Tus acusaciones se basan en un deseo de venganza personal.

–¡No sé qué te hace pensar eso! –exclamó Athena airada.

–Kira me ha dicho que le comentaste que habíamos sido amantes. ¿No será que atacándola a ella quieres vengarte del mal que se supone que te he hecho?

–Que me acuses de algo así indica que esa mujer significa para ti más de lo que estás dispuesto a admitir. Y puesto que tienes tanta fe en su criterio, quizá ha llegado el momento de que presente mi dimisión.

Tarek se puso en pie.

–¿Te marcharías en mitad de un proyecto que me animaste a

comenzar tú misma?

–Sí. Estoy segura de que tú y tu nueva ayudante trabajareis muy bien juntos, hasta que te canses de ella como te has cansado de mí.

Tarek no pensaba entrar en una discusión sin sentido alguno.

–Haré que te paguen una buena indemnización por lo que has hecho hasta ahora.

Athena sonrió con sarcasmo.

–¡Qué generoso! Y en cuanto te quites la venda, espero que prestes más atención al comportamiento de tu nueva amante.

Puede que te esté ocultando un secreto que no te va a hacer ninguna gracia.

Sin dar tiempo a que Tarek contestara, Athena salió dando un portazo. Él la conocía y sabía que después de un tiempo intentaría volver, pediría perdón y pretendería seguir como si nada hubiera pasado. Pero en aquella ocasión no la aceptaría. Como tampoco pensaba hacer caso de sus insinuaciones. Al contrario que ella, Kira no tenía nada de manipuladora.

Además, hacía tiempo que quería cortar con Athena aunque ello supusiera un retraso en la finalización del proyecto. A no ser que lograra convencer a Kira de hasta qué punto la necesitaba.

Kira tenía que terminar de maquillarse, pero antes fue a abrir la puerta.

Se ajustó el albornoz y abrió a Alexios, que le tendió una prenda cubierta por una funda.

–Su vestido para esta noche, señora.

Kira estaba entre ansiosa y aterrorizada por ver lo que Athena había elegido para ella.

–Gracias, Alexios. Y dé las gracias a la señorita Clerides.

Alexios la miró desconcertado.

–Lo ha elegido el señor Azzmar, no la señorita Clerides.

Kira se sintió intrigada, y dedujo que la despechada examante se había negado a participar en la compra.

–Le daré las gracias yo misma. ¿Ya está aquí?

–Está haciendo su llamada diaria a Marruecos. Me ha pedido que le diga que la esperará a la hora acordada en el vestíbulo.

–Gracias, Alexios.

–De nada, señora –contestó él antes de irse.

Kira cerró la puerta y se preguntó si aquella era la llamada a la que se había referido Athena. La lógica indicaba que estaría hablando con su personal en Marruecos, o que tenía un socio anónimo. O una mujer esperándolo.

Apartando aquel pensamiento de su mente, abrió la bolsa y descubrió el vestido de cóctel más bonito que había visto en su vida. Era plateado, tenía un escote pronunciado delante y detrás. También había una caja con unas sandalias a juego.

Volvió al cuarto de baño para rematar el maquillaje y se retiró el cabello de la cara para colocarse los diamantes que había conservado de su prometido, aunque la sortija a juego se la había tirado a la cara durante la ruptura. Quizá no era apropiado llevar las joyas que le había regalado un hombre a la cena con otro, pero puesto que Tarek lo desconocía, no se sentiría ofendido.

¿Terminaría por decirle lo del bebé aquella noche? Kira seguía pensando que debía conocerlo mejor y saber si sería un buen padre y si quería serlo.

Se quitó el albornoz y se puso el vestido. Luego fue a mirarse en un espejo de cuerpo entero. Para evitar que se le notaran las costuras, había decidido no llevar bragas; no le hacía el trasero grande; no tenía todavía nada de tripa… Le quedaba como un guante. En unas semanas no podría usarlo. En unas semanas, el futuro de su bebé estaría resuelto. O eso esperaba.

Apoyándose en la cama, se calzó las sandalias y tomó el bolso de mano.

Ya vestida como una princesa, fue al encuentro con su príncipe.

Por aquella noche, fingiría que aquella fantasía era la vida real.

Capítulo Seis

–Señora, su carroza.

Alexios se retiró a un lado para que Kira saliera, y esta se llevó una sorpresa al ver que, efectivamente, ante la puerta había un coche tirado por dos caballos grises y blancos con grandes plumas y conducido por un estirado cochero. Junto al coche, un hombre espectacular con esmoquin, sonreía sensualmente.

Kira tuvo la sensación de flotar al acercarse a él y estuvo a punto de pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando. En lugar de eso, cuando Tarek se sentó a su lado después de ayudarle a subir, le dio un beso en la mejilla.

–¡Esto es maravilloso! Muchas gracias. ¿Qué viene a continuación? ¿Un crucero a la luz de la luna?

Tarek entrelazó su brazo con el de ella y sonrió.

–Espera y verás.

–Podías darme una pista.

–Al hotel.

Kira no pudo disimular su desilusión.

–¿A trabajar? ¿No vamos demasiado elegantemente vestidos?

–No creas. Los dos tenemos trabajo que hacer. Confía en mí.

Kira decidió olvidar sus inquietudes y disfrutar del momento, de la brisa que le acariciaba el rostro, del cielo estrellado. Adoraba el perfume de la exótica colonia de Tarek y se sentía maravillosamente, como una cenicienta en su carroza. Solo le preocupó, al sentir que Tarek le acariciaba el brazo, la facilidad con la que podía dejarse llevar. De hecho, empezó a fantasear con tirar por la borda la cautela y sentir aquellos dedos en otras partes de su cuerpo. Pero al instante ahuyentó esa idea.

Antes de que pudiera tomar una decisión, el coche se detuvo delante del hotel. Tarek bajó, la tomó por la cintura para depositarla en el suelo y, posando la mano en la parte baja de su espalda, la guio hacia la puerta de entrada. Ese leve roce bastó para que Kira quisiera colgarse de su cuello, reptar sobre él... Y se diera cuenta de hasta qué punto estaba en peligro cuando la noche apenas había empezado.

–¿Adónde vamos? –preguntó cuando entraron en el vestíbulo.

–Al salón de baile.

–Espero que no pretendas repetir la noche que pasamos juntos –dijo Kira, aunque en el fondo estuviera deseándolo.

Tarek esbozó una sonrisa.

–Me lo había planteado, pero en esta ocasión no estaremos solos.

–¿A quién has invitado?

–Pronto lo verás.

Kira solo vio una mesa preparada para dos al fondo de la gran sala. Sus tacones repicaron en el suelo de mármol blanco como si fueran zapatos de claqué. Tarek le ayudó a sentarse. Al instante, apareció un hombre con traje blanco y corbata negra.

–Señora, señor, soy François y esta noche estoy a su servicio.

Tarek se sentó y preguntó.

–¿Está Jean Paul satisfecho con la cocina?

François rio al tiempo que desdoblaba la servilleta de Kira y se la colocaba en el regazo.

–Está encantado de ser el primero en usarla –desdobló la de Tarek y se la dio–. Enseguida vuelvo con el primer plato.

–¿Habéis acabado la cocina? –preguntó Kira atónita en cuanto se quedaron solos.

–No completamente. Pero aparte de algunos detalles, está equipada para poder hacer una cena.

Kira apoyó el codo en la mesa y descansó la mejilla en la mano.

–Por lo que parece has contratado ya al cocinero jefe.

Tarek bebió agua.

–Tanto él como François van a pasar hoy la prueba. Los dos trabajan en un hotel de cinco estrellas de la competencia, en París. Si te gustan el servicio y la comida, intentaré contratarlos.

Kira se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró.

–Debes de ser un competidor implacable si eres capaz de robar empleados.

–No es propiamente un robo. Todo depende de la oferta que les haga. Todo el mundo tiene un precio.

Kira no estaba de acuerdo, pero se limitó a decir.

–Si tú lo dices.

François los interrumpió al entrar con dos bandejas con deliciosos aperitivos: mejillones al vapor, langostinos, una variedad de quesos y fruta. Kira notó al instante un rumor en el estómago y se dijo que, de seguir así, pronto necesitaría ropa de premamá.

Sin preocuparse por su línea, comió con apetito y disfrutó de la ensalada y del solomillo con cola de langosta. Y aunque no bebió vino, tampoco despreció el sorbete para limpiar el paladar entre platos. Casi sin tregua, llegó el melocotón melba.

Cuando vio que Tarek la observaba, se ruborizó.

–Lo siento. No suelo comer tan tarde, así que estoy hambrienta.

–No te disculpes. Me gusta que tengas tanto apetito.

–Yo creo que el aire de la isla me da ganas de comer. –

También a mí me despierta el apetito.

El tono insinuante le indicó a Kira que Tarek se refería a otro tipo de apetito.

–El mío está saciado con la comida –dijo.

–Deduzco que la has disfrutado.

–Desde luego. Mira –dijo señalando el plato vacío.

Los dos estallaron en una carcajada, y Kira se dio cuenta de que era la primera vez desde que habían llegado a la isla que Tarek se reía. Y pensó con tristeza que, de conocer la causa de su voraz apetito, no estaría tan contento.

François llegó para retirar las copas del postre y dijo:

–Jean Paul pregunta si han encontrado la comida satisfactoria.

–Dígale que soy hija de un chef y que esta cena podría ganar una competición –contestó Kira.

El camarero hizo una leve inclinación y le dijo a Tarek:

–¿Desea algo más? ¿Quiere la señora un licor de chocolate?

–No, gracias –dijo ella precipitadamente.

Tarek sacó del bolsillo dos sobres y se los dio a François.

–Dígale a John Paul que pronto les haré una generosa oferta. Entre tanto, disfruten del resto de su estancia en Chipre.

El camarero sonrió entusiasmado.

–Estará tan contento como yo. ¿Quiere que mande a los demás?

–Sí, por favor.

Kira esperaba que «los demás» no fueran a llevarles más comida.

–Espero que no estemos haciendo un casting de chefs – bromeó.

–Se trata de músicos.

Apenas Tarek dijo la palabra, apareció un grupo de hombres con sus correspondientes instrumentos sobre un pequeño estrado, al fondo de la sala. Tras tomar posiciones, comenzaron a tocar una canción de Billy Holiday.

Kira miró a Tarek atónita.

–Esa era la canción favorita de mi abuela.

Tarek sonrió.

–Debe ser el destino lo que les ha hecho elegirla. ¿Quieres bailar?

–Soy una bailarina espantosa.

–Yo no –dijo Tarek. Y poniéndose en pie, le ayudó a levantarse–. He tenido que aprender por el gran número de actos sociales a los que he acudido en mi vida profesional.

–Entonces tendré que confiar en que me guíes –dijo Kira.

–Será un placer –dijo Tarek. Y la guio hasta la pista de baile, donde la tomó delicadamente entre sus brazos.

Aunque los tacones la elevaban, Kira seguía sintiéndose menuda y

protegida en su abrazo.

En segundos, comprobó que Tarek no mentía. Ella vaciló en un par de ocasiones y se disculpó. Tarek la calmó y al cabo de unos minutos bailaban como si lo hubieran hecho toda la vida.

Cuando la banda tocó una balada, se pegaron el uno al otro y Kira creyó arder al sentir los labios de Tarek en su frente. Luego, ajeno a los músicos, la besó en la boca y ella, en lugar de protestar, dejó que su lengua se entrelazara sensualmente con la de él. Estuvo a punto de gemir cuando él rompió el beso y dijo:

–Debemos marcharnos.

Kira no quería que la velada terminara, y estaba segura de que no lo haría si al llegar a casa consentía en hacer el amor con él.

–Todavía es pronto.

–Sí, y quedan cosas por hacer.

–¿Vamos a elegir al equipo de limpieza?

Tarek rio.

–No, vamos a otro sitio.

–¿Adónde?

Tarek la besó levemente en los labios.

–Es una sorpresa. La mejor de todas.

Un gran yate atracado en el exclusivo puerto náutico.

Kira se volvió y vio que Tarek lo miraba con orgullo.

–¿Es tuyo? –preguntó ella.

–Sí –Tarek la tomó de la mano para cruzar la pasarela–. Y como has dicho antes, vamos a disfrutar de un crucero a la luz de la luna.

En el interior los recibió un hombre de cabello plateado, vestido de uniforme.

–Buenas noches, señor Azzmar –saludó sonriente–. Ha elegido una noche magnífica. Espero que hayan traído sus bañadores.

–Hoy no vamos a bañarnos, Max. Disfrutaremos del mar desde cubierta.

–Como quiera –sonriendo a Kira, preguntó–. ¿Y quién es la encantadora señorita?

Kira tendió la mano al que asumió era el capitán.

–Soy Kira, la ayudante personal del señor Azzmar.

Max estrechó la mano de Kira y comentó, al tiempo que se alejaba:

–Enseguida nos ponemos en marcha, señor.

Kira miró a su alrededor. A la derecha había una zona con sofás de cuero blanco. A la izquierda había una escalerilla que subía al piso superior y otra que descendía al inferior. Más allá se veía otro espacio con sofisticados muebles negros sobre un suelo de porcelana blanca. Kira tenía una cosa clara: a Tarek le gustaban el blanco y el negro.

–¿Cuántas habitaciones y cuartos de baño hay? –preguntó.

–Hay tres dormitorios en la cubierta inferior y seis baños – dijo Tarek–. Uno en el puente, otro en la segunda cubierta, otro en la principal y uno por cada dormitorio.

Kira no podía siquiera maginar lo que debía costar aquel barco.

–No he visto a nadie del servicio.

–Les he dado la noche libre.

–¿Estamos solos con Max?

–Así es.

La idea excitó e inquietó a Kira.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó.

–Nos tomaremos una copa de champán en la cubierta superior.

–No quiero champán –dijo ella, más bruscamente de lo que pretendía.

–Recuerdo haber compartido contigo varias copas de vino en el pasado –comentó él, mirándola con incredulidad.

Kira buscó una excusa que pudiera resultar convincente.

–Sí, pero ahora llevo un estilo de vida más saludable. Además, he engordado un poco y he decidido dejar el alcohol.

–No lo había observado –dijo Tarek–. Pero no seré yo quien lleve la contraria a una mujer cuando ha decidido algo.

Kira suspiró aliviada.

–Me encantaría beber un vaso de agua con gas, si es posible.

–Claro. Sígueme.

Kira siguió a Tarek a la sala contigua, donde había un sofisticado mueble bar con una extensa selección de licores y un frigorífico del que Tarek sacó champán. Tras servirse una copa, sacó una botella de agua, puso en otra copa un par de hielos y la rellenó.

–Si quieres más, hay otras dos botellas –dijo, pasándosela junto con una servilleta con sus iniciales grabadas.

Kira bebió y, sonriendo, bromeó:

–Una suele bastarme, pero esta noche me siento temeraria, así que igual tomo dos.

–Pues vayamos a contemplar la luna y a ser intrépidos –dijo Tarek, tomándole de la mano.

Kira no estaba segura de qué quería decir, pero ansiaba averiguarlo. Sus hormonas estaban dominando a su sentido común, y empezaba a pensar que dejarse llevar por la sensualidad de un irresistible Tarek no sería tan mala idea. ¿O sí? Podía olvidar toda cautela o volver a la realidad. Tarek no sabía que estaba embarazada, y ella seguía sin saber si iba a decírselo o no.

Pero en cuanto se apoyó en la baranda y Tarek le rodeó la cintura

por detrás, Kira sintió que solo existía el presente.

–La vista es espectacular –dijo, contemplando las luces de la costa que se divisaban en la distancia.

Tarek le acarició el cuello con la nariz.

–Tú eres espectacular.

–Y tú eres el rey de los piropos.

Tarek dejó caer los brazos, la hizo girarse y con expresión solemne, dijo:

–Nunca dudes de mi sinceridad, Kira. Desde que te conozco, has protagonizado mis fantasías día y noche.

Kira lo entendía bien, pero eso no era todo lo que había entre ellos.

–Esto no es más que una fantasía, Tarek. Mañana volveremos a la normalidad. Tú eres un magnate con una creciente fortuna. Yo soy la hija de sirvientes que no requiere grandes lujos y que ansía tener una vida normal con su marido y sus hijos. Somos muy diferentes.

Tarek tomó la copa de Kira de su mano y la dejó junto a la suya en una mesa. Entonces volvió y, tomando a Kira por la cintura, la atrajo hacia sí.

–¿No quieres recorrer el mundo antes de asentarte? – preguntó, haciendo que la palabra asentarse sonara a blasfemia.

–Ya conozco suficientes países. Y también he visto la expresión de felicidad de los Mehdi y sus mujeres. Te pareceré tonta, pero yo quiero experimentar eso.

Tarek volvió a ponerse serio.

–¿Qué esperas de mí, Kira?

«Que seas el padre de nuestro hijo. Que quieras lo que yo quiero. Que te enamores locamente de mí».

Aquel último pensamiento tomó a Kira por sorpresa. Ella no quería el amor de Tarek, sino su respeto, y que se comprometiera con su hijo. Y, por más que supiera que corría el peligro de ello, lo último que quería era enamorarse de él.

Kira decidió atribuir aquellos peligrosos pensamientos al romanticismo de la velada, a su acompañante y a sus revolucionadas hormonas.

–No quiero nada que no estés dispuesto a dar, Tarek.

–Estoy dispuesto a darte todo el placer que quieras. Quiero estar contigo de nuevo plenamente. No quiero que te preocupes de nada más allá de esta noche. La vida es demasiado corta como para despreciar lo que hemos encontrado el uno en el otro.

–Te refieres al sexo.

–Me refiero al innegable deseo que sentimos el uno por el otro. Nunca había experimentado lo que siento cuando te tengo en mis

brazos. Es un sentimiento poderoso y que al mismo tiempo me deja inerme. Ninguna mujer había tenido ese efecto en mí.

Tarek parecía decidido a acertar con todas sus palabras.

–¿Con ninguna?

–No.

–¿Ni con Athena?

Tarek frunció el ceño.

–Desde luego que no. Y ahora que ya no trabaja conmigo, no tendrás que soportar su presencia.

–¿La has despedido? –preguntó Kira, atónita.

–Dimitió con mi beneplácito.

–¿Por qué?

–Porque sabía que no podía competir contigo.

La adulación podía llevarlo muy lejos. Con adulación ya había conseguido en otra ocasión que Kira se perdiera y estaba a punto de conseguirlo de nuevo. Ya no le importaba ni el pasado ni el mañana, solo el presente.

Con ese espíritu, Kira le rodeó el cuello a Tarek con los brazos, le hizo inclinarse hacia ella y lo besó.

Al instante se encontró presionada contra la barandilla, con

Tarek acariciándole la espalda desnuda y besándole el cuello y el escote. Cuando volvió a sus labios, también le había levantado el vestido y le asía el trasero desnudo.

–Creo que te has olvidado algo, ¿o estabas preparada para esto? –preguntó, sonriendo sensualmente.

–Ni una cosa ni otra. No quería que se notaran las costuras.

–¡Qué desilusión que no fuera por lo segundo!

–Aunque no lo pensara, es muy práctico.

Tarek clavó los ojos en los de ella como si quisiera acabar con cualquier rastro de resistencia.

–Quiero tocarte, pero no lo haré a no ser que me convenzas de que lo quieres.

Kira tragó saliva.

–Sí, quiero.

–No te vas a arrepentir.

Kira no quería pensar en ello.

–No.

–Entonces dime exactamente dónde quieres que te toque.

Kira se sintió súbitamente cohibida.

–¿Aquí fuera? ¿Y Max?

–Está al timón. No puede vernos.

Aun así…

–¿Y si pasara cerca otro barco?

Tarek la besó levemente.

–La posibilidad de ser descubiertos solo aumenta el deseo. Has dicho que querías ser temeraria.

A Kira le desconcertó el golpe de audacia que la asaltó en aquel instante, la embriaguez que experimentó en cuanto le tomó la mano a Tarek y la colocó entre sus muslos; la cálida humedad que sintió en cuanto él empezó a acariciarla. Por un segundo pensó que le flaquearían las piernas, y como si lo percibiera, Tarek la sujetó por la cintura con el otro brazo.

Cuando el clímax se fue acercando, Kira apoyó la frente en el pecho de Tarek y cabalgó sobre el orgasmo hasta que remitieron los últimos espasmos. Luego permaneció temblorosa en los brazos de Tarek mientras recuperaba el ritmo de la respiración y del corazón.

Él le alzó el rostro y se lo salpicó de besos.

–Se ve que estabas lista.

–Desde luego.

–¿Quieres que vayamos al interior?

–Mientras haya una cama donde podamos terminar esto… A Tarek pareció sorprenderle el comentario.

–Si estás satisfecha, no es necesario.

–Sí lo es. Quiero hacer el amor contigo –dijo Kira.

La mirada de Tarek se iluminó.

–Si estás segura, nada me gustaría más.

–Lo estoy.

–Entonces no necesitamos una cama –dijo Tarek con voz ronca.

Tomando la mano de Kira, la guio hasta un sofá y, quitándose la chaqueta, la dejó a un lado.

–En nuestro encuentro previo, olvidamos usar preservativo –comentó, con la mano en la cremallera del pantalón–. Me dijiste que usabas anticonceptivos, pero ¿quieres que lo usemos esta vez para que estés tranquila?

Da haber sabido entonces lo que sabía en aquel momento, Kira habría insistido. Si Tarek supiera lo que ella sabía, no seguirían adelante.

–Te aseguro que el embarazo no es un problema, pero me gustaría estar segura de que no corro ningún riesgo de salud.

–Como te dije entonces, siempre he sido responsable. Nunca te pondría en peligro.

La solemnidad de su tono tranquilizó a Kira.

–Si es así, hagamos lo que nos resulte más natural.

Tarek sonrió lentamente.

–Estoy de acuerdo –se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta los muslos y, tendiendo las manos a Kira, continuó–: Ven aquí.

Ella se quitó los tacones, se levantó el vestido y se sentó a horcajadas sobre él a la vez que lo guiaba a su interior sin apartar la mirada de la suya. Tarek la sujetó por las caderas mientras ella comenzaba a mecerse lenta y continuadamente, y sus esfuerzos por controlarse se reflejaron en la tensión de sus facciones.

Kira quería reducirlo a un estado de total entrega, pero cada vez que intuía que estaba demoliendo la fortaleza de su resistencia, él la obligaba a desacelerar.

–No quiero acabar tan pronto –dijo Tarek con un gemido.

–¿Eres lo bastante fuerte como para resistirte? –dijo ella, meciendo las caderas.

–Siempre lo he sido. Menos contigo –dijo él, haciéndola sentirse poderosa.

Iniciaron entonces una batalla de voluntades, intentando conseguir entre besos y sonrisas que el otro cediera antes. Kira deseó estar cerca de él emocionalmente y no solo físicamente. Ansiaba significar más que aquello para él. Pero sabía que confiar en conseguirlo era un billete seguro a la desilusión.

Unos minutos más tarde, Tarek cerraba los ojos con la respiración entrecortada y la frente perlada de sudor. Todos sus músculos se tensaron bajo Kira y echó la cabeza hacia atrás antes de que emitiera un prolongado rugido intercalado por crudas palabras en árabe.

Cuando pudo hablar, miró a Kira y dijo:

–Has ganado. Aunque nunca he estado tan contento de perder.

Kira apoyó la mejilla en su pecho y escuchó el latido de su corazón mientras él le acariciaba la espalda. Quizá hacer el amor en la cubierta de un barco podía describirse como sexo casual, pero ella se sentía en sintonía con Tarek. Y aunque esperaba que el remordimiento hiciera su aparición, en aquel momento no sentía ninguno. Pasara lo que pasara entre ellos, guardaría siempre el recuerdo de aquel momento.

A pesar de que quizá nunca podría decirle a su hijo que sus padres se habían amado.

Tarek nunca se había enamorado ni tenía la menor intención de hacerlo. Sin embargo, al mirar a Kira acurrucada a su lado en la cama con la mano bajo el rostro y los ojos cerrados en una apacible sueño, sintió algo que no había experimentado nunca y que no estaba seguro de querer sentir.

En su vida, el amor había llegado acompañado por la traición. La de su madre y el hombre que había creído que era su padre. La de un

monarca que no había querido reconocerlo. En el fondo de su corazón, pensaba que Kira era distinta. Era honesta y sentía que podía confiar en ella. Pero también estaba convencido de que no podría ofrecerle una relación de futuro. Al día siguiente daría una orden que les permitiría disfrutar de más tiempo juntos. Si todo iba según lo había planeado, Kira le ayudaría a terminar el hotel. Aunque no pudiera ofrecerle más, le proporcionaría la oportunidad de ampliar sus conocimientos. Si es que ella accedía.

Capítulo Siete

–Eso es imposible.

¿Qué le hacía creer a Tarek que podía quedarse tanto tiempo en Chipre y desatender sus deberes con la familia real?

Tarek se acomodó contra el cabecero.

–Solo tendrías que quedarte una semana o diez días más.

Kira se cubrió con la sábana hasta la barbilla.

–Rafiq no me daría permiso.

–Ya lo ha hecho.

Kira miró a Tarek perpleja.

–¿Se lo has preguntado a él antes que a mí?

–Claro, tenía que pedirle permiso. Dice que la señorita Bettelli está disfrutando con el trabajo.

Elena nunca se quejaría.

–No es justo que Elena tenga que abandonar su merecido descanso para que yo pueda retozar contigo otras dos semanas.

–Yo no retozo.

–Sabes a lo que me refiero, así que no te hagas el ingenuo.

Tarek se giró sobre el costado para mirarla de frente.

–Puedes adquirir una gran experiencia con este proyecto –le tomó una mano a Kira y la besó–. Además de pasar largas noches de placer conmigo.

El recuerdo del sexo en la cubierta y más tarde en la cama le nubló la mente a Kira.

–Yo no tengo la experiencia que tiene Athena.

–Puede ser, pero tienes mucho más talento que ella –Tarek posó una mano en el vientre de Kira–. Y no me refiero solo al terreno laboral.

–No estás jugando limpio.

Tarek le acarició el muslo con los nudillos.

–Cuando te he despertado esta mañana no me has acusado de jugar sucio.

No. Básicamente porque de su garganta solo escapaban gemidos.

–Eres insaciable.

–La culpa es tuya –dijo él, buscando su diana favorita.

Kira sabía que si le dejaba continuar, no sería responsable de sus actos.

–Si vamos a sacar algo de trabajo adelante, deberíamos levantarnos –dijo, haciendo acopio de voluntad.

–En algún momento –dijo Tarek, acariciándole con la cara el

hombro–. Todavía es temprano.

Kira miró hacia la mesilla buscando un reloj, y vio la fotografía de una niña de unos cinco años. Tomando el marco, se la enseñó a Tarek.

–¿Quién es?

Tarek se giró sobre la espalda y apoyó la cabeza en un brazo.

–Se llama Yasmin.

–¿Es la hija de un familiar?

–No es la hija de nadie.

Kira pensó que era un comentario triste y críptico.

–¿Qué quieres decir?

–Es una huérfana de Marruecos. La conocí por un socio y acepté ser su tutor. Vive en mi casa.

Aquella era una nueva sorpresa.

–Supongo que no vive sola.

–Claro que no. Una institutriz francesa y el servicio cuidan de ella.

Era un secreto bien guardado.

–¿Por qué no la has mencionado nunca?

–Como sabes, me gusta mantener la privacidad de mi vida personal.

De eso no había duda.

–¿Cuál es tu relación con ella?

–Le tengo mucho afecto. Hablo con ella todos los días.

Misterio resuelto.

–Pero no te importa lo suficiente como para ser un padre para ella.

Tarek miró a Kira contrariado, salió de la cama y se puso un albornoz. Luego fue hasta la ventana y, de espaldas a Kira, explicó:

–Esta es la razón de que no hable a nadie de Yasmin, porque sé que la gente no lo comprende.

Pero Kira lo comprendía. Mucho mejor de lo que Tarek podía imaginar. Y pensó que había llegado el momento de compartir algo de su pasado con él. Apoyándose en el cabecero de la cama, recogió las rodillas contra el pecho y dijo:

–Yo sé bien lo que significa ser abandonada, Tarek.

La dolorosa declaración hizo que Tarek se volviera a mirarla.

–¿Te refieres a tu prometido?

–No, a mis padres biológicos. Soy adoptada. Mi madre no podía tener hijos.

Tarek se acercó y se sentó en la cama.

–Se ve que no soy el único que oculta información.

Y no sabía lo que seguía sin contarle. Kira pensó que quizá aquella era una buena oportunidad de hablarle del bebé.

–Yo no hablo de ello porque considero a mis padres de adopción

mis verdaderos padres. Son lo mejor que me podía haber pasado.

Tarek le lanzó una mirada inquisitiva antes de volver la vista hacia un punto indefinido.

–¿Conoces la identidad de tus padres biológicos?

–Sí. Eran canadienses y tenían quince años cuando nací. Eran amigos de un familiar de mi abuela biológica, que era abogada y que organizó la adopción.

Tarek se volvió a mirarla.

–¿Has estado en contacto con tu madre biológica?

Kira negó con la cabeza.

–No, fue una adopción cerrada. Pero hace unos años la localicé. No quiso hablar conmigo porque no le había hablado de mi existencia ni a su marido actual ni a sus hijos. Pero me mandó un correo.

El rostro de Tarek volvió a ensombrecerse.

–¿No te enfada saber que tienes hermanos a los que no conoces y una madre a la que no le importa conocerte?

Más que enfadada, Kira se sentía desilusionada.

–Al principio me molestó, pero respeto su decisión. Luego abandoné la búsqueda de mi padre.

–¿Por qué?

–Porque pensé que tampoco querría ser localizado. Además, yo crecí rodeada del amor de unos padres maravillosos, a los que les debo ser como soy.

Tarek se puso en pie y caminó arriba y abajo.

–De ser tú, yo estaría furioso. Todo el mundo tiene derecho a conocer a sus progenitores.

A Kira le desconcertó la violencia de su reacción.

–La ira no conduce a nada, Tarek. Solo lo comprenderías si estuvieras en esa situación.

Tarek se giró bruscamente hacia ella.

–La ira puede ser un motor para el éxito.

–Para mí, no. Aferrarse al odio solo conduce a la amargura – Kira se dio cuenta de que se habían desviado completamente del tema de conversación original–. Respecto a Yasmin, está claro que te importa, o no tendrías su fotografía en la mesilla.

–Claro que me importa, pero mi trabajo no me deja mucho tiempo. Por eso he elegido cuidadosamente un personal que la atiende por mí.

Su apatía decepcionó a Kira.

–¿Quieres decir que todo lo que puedes ofrecerle es dinero? Los niños necesitan atención, no bienes materiales.

–Recibe mucha atención.

–¿Pero tiene suficiente apoyo emocional? Puede que creas haberla

salvado de la soledad, pero ¿qué crees que siente cada vez que la dejas?

Tarek se aproximó una vez más a la cama.

–Es todo lo que puedo hacer por el momento.

–Entonces, ¿por qué la adoptaste?

–Era una niña desvalida. Un ser inocente y sin familia.

Kira empezaba a sospechar que Tarek no estaba dotado para la paternidad.

–Espero que pienses pasar más tiempo con ella durante su infancia. Necesita un padre, no un desconocido que cuide de ella.

Súbitamente, Tarek fue hacia el cuarto de baño diciendo:

–Se está haciendo tarde. Será mejor que nos vistamos.

Kira temió que fuera demasiado tarde para que Tarek cambiara.

Al llegar al hotel, Tarek se concentró en la actividad que más contribuía a relajarlo. Pero mientras cortaba piedras no se quitaba de la cabeza la conversación con Kira. No había sido capaz de expresar hasta qué punto Yasmin le importaba, ni contarle el esfuerzo que tenía que hacer cada vez que la dejaba. Quizá era verdad que había cometido un error al acogerla, pero no podía soportar la idea de darla en adopción después de dos años.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien le había hecho cuestionarse sus decisiones a más de un nivel. Y Kira Darzin ni siquiera era consciente de hasta qué punto lo afectaba. Como tampoco él mismo lo había anticipado.

–Estás a punto de acabar.

Al volverse, Tarek vio a la mujer que ocupaba cada uno de sus pensamientos.

–Para que quede perfecto todavía me falta mucho.

Kira se sentó en un banco próximo.

–A menudo la belleza reside en las imperfecciones.

Tarek pensó en la perfección de Kira, en sus ojos cobalto que resultaban más claros bajo la luz del sol.

–Quizá, pero a veces soy un perfeccionista.

–¿Solo a veces? –preguntó ella con escepticismo.

–La mayoría del tiempo, si quieres que sea sincero.

–Eso pensaba –Kira carraspeó y desvió la mirada una fracción de segundo–. Quería disculparme por lo que te he dicho esta mañana. Creo que eres muy generoso dando a Yasmin un hogar.

Pero al mismo tiempo, y acertadamente, había apuntado a una debilidad de su carácter.

–No hace falta que te disculpes.

–Claro que sí. No tengo derecho a juzgarte. Dudo que muchos hombres hubieran hecho algo así. Así que debería haber elogiado tu generosidad.

Tarek dejó a un lado la paleta y apoyó la cadera en la mesa de trabajo.

–Guárdate los elogios para quien los merezca. Tienes razón en muchas cosas. Yasmin necesita un padre a tiempo completo; un padre que merezca ser llamado papá.

–¿Es así como te llama? –preguntó Kira sin poder ocultar su sorpresa.

–Sí.

–Entonces eso es lo que eres para ella.

–Me produce cierta incomodidad porque no siento que lo merezco –admitió Tarek a regañadientes.

–Pero puedes hacer un esfuerzo para remediarlo.

Kira no podría comprenderlo si no se explicaba mejor.

–Tengo miedo de que se encariñe demasiado conmigo.

Kira frunció el ceño.

–Eso solo sería un problema si piensas abandonarla.

–Jamás haría algo así –dijo Tarek, poniéndose a la defensiva.

Kira lo miró como si quisiera leerle el pensamiento.

–Quizá lo que temes es encariñarte demasiado tú con ella.

Su perspicacia asombró a Tarek.

–Puede que tengas razón.

Kira cruzó una pierna sobre la otra y, mirándolo fijamente, preguntó:

–¿Cuál es la base de ese temor, Tarek?

–Los vínculos de afecto conducen a la traición. Tú deberías saberlo por lo que te pasó con tu prometido.

Kira se retiró el cabello del rostro con gesto reflexivo.

–Eso es distinto, Tarek, estamos hablando de una niña. Lo que me hace pensar que, o bien tus padres te decepcionaron o que te sentiste traicionado por la muerte de tu madre.

Parte de la última asunción era cierta. Tarek se había sentido traicionado, pero no por la muerte de su madre.

Cuando un jardinero se acercó para plantar un parterre, Tarek aprovechó para terminar la conversación.

–Será mejor que sigamos cada uno con nuestras tareas. ¿Ha llegado la mesa que encargaste para la cocina?

Kira se puso en pie y esbozó una sonrisa.

–Sí, y es exactamente lo que quería. Voy a verme con el diseñador y a repasar el mobiliario del restaurante. ¿Quieres venir para dar tu

aprobación?

Tarek habría querido irse con ella a algún sitio que no tuviera nada que ver con el hotel.

–Quiero acabar esta pared para el final del día.

A Kira no pareció gustarle la respuesta.

–Espero que no vuelvas a casa demasiado tarde y que podamos terminar esta conversación.

Para Tarek, ya estaba terminada.

–Volveré antes de que anochezca, pero preferiría pasar el resto de la velada haciendo algo que no requiera hablar.

Kira fue a marcharse sin contestar, pero ya en la puerta, se volvió a mirarlo y dijo:

–Es imperativo que hablemos, Tarek. Tengo algo muy importante que decirte.

Tarek intentó adivinar de qué podía tratarse. Quizá a ojos de Kira su comportamiento con Yasmin eran censurable, o tal vez hubiera decidido no permanecer en Chipre. En cualquier caso, intentaría convencerla de que la necesitaba su lado. Tenía los medios y la habilidad para conseguir que olvidara aquella conversación, aunque él no fuera a olvidarla nunca.

No había manera de encontrarlo. Evidentemente, la estaba evitando.

Kira buscó a alguien que pudiera decirle dónde encontrar a Tarek.

Finalmente, en la cocina, localizó a Alexios.

–Alexios, ¿ha visto al señor Azzmar? No ha venido a cenar y…

–Está dando un paseo por la playa, señorita Darzin – contestó él, sin dejar de doblar servilletas–. Me dijo que, si necesitaba encontrarlo, se lo dijera.

–Gracias por otra cena maravillosa –dijo ella. Aunque era una pena que una vez más la hubiera disfrutado sola.

Kira pasó junto a la piscina y cruzó la cancela que llevaba a la playa. Bajo la luz de la luna, pronto vio la silueta de Tarek sentado en la arena, con los codos apoyados en la rodilla.

Se quitó las sandalias y se aproximó lentamente. Tarek parecía preocupado, reflexivo, y lamentó tener que perturbarlo. Pero su misión, contarle lo que podía cambiar su futuro, no podía esperar. Había retrasado demasiado el momento y temía la reacción de Tarek a la noticia.

Cuando llegó a su lado, se sentó y dijo:

–Te veo muy pensativo.

–He estado reflexionando sobre lo que me has dicho esta mañana

acerca de Yasmin.

–No pretendía ofenderte, Tarek.

Tarek hizo una pausa antes de contestar.

–Es una pequeña muy sociable y con un espíritu libre. Va a todas partes corriendo –sonriendo, añadió–: También es una charlatana. A veces le dejo hablar para poder oír su voz. Parece feliz a pesar de lo dura que la vida ha sido para ella.

La emoción que teñía su voz conmovió a Kira.

–Los niños son muy fuertes. Solo necesitan amor.

El rostro de Tarek se ensombreció.

–Quizá estaría mejor con una familia en la que tuviera un padre y una madre.

Kira habría querido decirle que él podía ser esa familia, pero se contuvo.

–No subestimes lo que haces, Tarek. Tienes más compasión y capacidad de amar de lo que crees.

Tarek la miró y le tomó la mano.

–No sabes cuánto valoro que tengas fe en mí. Sin embargo, tengo la sensación de ser incapaz de sentir de verdad. Y no sé si puedo cambiar.

Kira apoyó la cabeza en su hombro.

–Oyéndote hablar de Yasmin yo diría que ya has cambiado. Puede que tengas miedo a los sentimientos. Y lamento que alguien te haya herido hasta ese punto.

Tarek permaneció callado a la vez que le acariciaba la muñeca a Kira distraídamente.

–Hace muy buena temperatura.

¡Qué típico de Tarek hablar del tiempo cuando la conversación empezaba a incomodarle!

Sin previo aviso, Tarek se tumbó y, arrastrando consigo a Kira, la besó apasionadamente. Ella quiso detenerlo para poder hablar de su hijo, y se obligó a protestar cuando él la hizo rodar sobre la espalda y metió la mano por debajo de su camiseta para acariciarle los senos.

–Tarek, tenemos que hablar –consiguió decir.

–Luego –musitó él, deslizando la mano hacia su cintura y bajándole la cremallera.

«Luego», decidió Kira a la vez que él le bajaba los shorts junto con las bragas. Y ya no fue capaz de protestar cuando Tarek se colocó sobre ella, le separó los muslos y empezó a besarle el torso en un recorrido descendente.

Pronto se encontró echada en la arena con las bragas por los tobillos, expuesta a cualquiera que pasara cerca y con Tarek haciendo

su magia habitual entre sus piernas. Aquella extrema intimidad la deshacía emocional y físicamente. Los hábiles movimientos de su lengua la elevaban a la estratosfera. El clímax al que se aproximaba iba a arrancar de ella sonoros gritos de placer.

Pero tuvo el suficiente control como para reprimir los gemidos y dejar que escaparan amortiguados cuando la sacudió el orgasmo. Jamás se había sentido tan preparada para recibir a Tarek en su interior y acabar aquel recorrido por el placer.

Esperó mientras él se quitaba la camisa y extendiéndola en la arena musitaba:

–Échate aquí –y se quitó los pantalones y los calzoncillos.

Luego la penetró suavemente y empezó a mecerse en su interior con lentitud, provocativamente. Ella adoraba la proximidad de sus cuerpos, sentir el peso del de Tarek sobre el suyo, sus embates, las crudas palabras que le susurraba al oído. Adoraba… a Tarek. No sabía cuándo había sucedido, ni cómo había llegado a ser tan vulnerable. Pero sabía que, a pesar de sus esfuerzos para presentarse como un hombre sin sentimientos, bajo la superficie se agazapaba un hombre afectuoso y compasivo.

Cuando colapsó sobre ella, Kira le acarició la espalda. Antes de lo que hubiera querido, él rodó sobre la arena y se cubrió el rostro con un brazo. Yacieron en silencio bajo la estrellas, con la música del rítmico batir de las olas sobre la arena. Kira habría querido que aquel instante fuera la eternidad, olvidar todo lo que los rodeaba. Pero el secreto que albergaba y que tenía que compartir con Tarek no dejaba reposar su mente.

Tarek se incorporó entonces sobre el codo y la miró sonriente.

–Eres una mujer increíble.

Kira dejó escapar una carcajada.

–Primero en el barco, ahora aquí. Somos unos exhibicionistas.

–Eres más osada de lo que crees.

Pero no lo bastante valiente como para contarle la verdad.

–Nunca me había comportado así. De hecho, eres el segundo hombre con el que estoy.

Tarek se mostró sorprendido y halagado.

–Me siento honrado. Tú eres la primera mujer en la que he confiado.

La gravedad de lo que tenía que decirle era una losa pesada en el corazón de Kira. Si se lo contaba en ese momento, rompería la magia. Y cuando Tarek la besó con ternura, decidió esperar al día siguiente para contarle que le había mentido todo aquel tiempo.

Casi con seguridad, su revelación coincidiría con el adiós.

Capítulo Ocho

–¿Todavía no se lo has dicho, cara?

Sentada en la cama de Tarek, Kira apretó el móvil con fuerza, arrepintiéndose de haber llamado a Elena para ver cómo iba todo en palacio.

–No he encontrado el momento oportuno.

–Llevas allí casi tres semanas.

Kira se ruborizó.

–Sí, pero hemos estado muy ocupados. La inauguración es en menos de un mes.

–Que es cuando va a empezar a notarse el embarazo.

Kira sabía que Elena tenía razón. La ropa empezaba a quedarle más ajustada.

–Todavía no se nota. Y pienso decírselo muy pronto. En cualquier caso, antes de volver a Bajul, la próxima semana.

–Debes hacerlo lo antes posible. Y ahora quiero preguntarte algo: ¿sabes cuál era el apellido de la madre de Tarek?

–No, ¿por qué?

–Alguien con quien coincidí en una ocasión me dijo que conocía a una mujer apellidada Azzmar.

–¿Era de Marruecos?

–Sí.

–¡Qué extraño! Sería una casualidad, pero el mundo es un pañuelo.

–Más de lo que imaginas, cara. Avísame cuando vayas a volver. Y si no te importa, dile a Tarek que pase a verme. Puede que podamos conectar a las dos mujeres.

A Kira le extrañó la solicitud.

–Se lo diré, pero no te hagas ilusiones. Tarek es muy reservado respecto a su familia.

–No lo dudo. Cuídate, Kira.

Nada más colgar, la mente de Kira se activó. Podía seguir dando vueltas a aquel críptico comentario durante días. Igual que hacer el amor con Tarek la mantenía en un permanente estado de anhelo sexual.

Como si acabara de conjurarlo, el espectacular millonario apareció en la puerta con una sonrisa arrebatadora.

–Me alegro de tener el resto del día libre.

–Yo también –Kira había pasado la mañana discutiendo con un

constructor que rechazaba todas sus sugerencias–. Lo merecemos después de tantos días de trabajo.

Y noches de pasión.

Tarek se aproximó con las manos en los bolsillos.

–¿Tienes alguna sugerencia sobre cómo pasar el resto del día?

Todavía bajo el influjo de las palabras de Elena, Kira dio una palmada sobre la cama, a su lado, decidida a decir lo que llevaba tanto tiempo callando.

–Podríamos hablar unos minutos.

«O no», pensó en cuanto Tarek se quitó los zapatos y empezó a desabrocharse la camisa. Desnudándose, se irguió desnudo, como un orgulloso Adonis.

–Ya hablaremos luego –dijo, gateando hacia ella como un gran felino–. Ahora mismo, te necesito desesperadamente.

–Ya lo veo –dijo ella en un susurro.

Tarek le quitó el vestido bajo el que no llevaba sujetador y, tras quitarle las bragas, la observó con admiración.

–Me gustaría tenerte así todo el tiempo.

–Sería un problema cuando estamos en público.

Tarek sonrió a la vez que dibujaba un círculo alrededor de unos de sus pezones con el pulgar.

–¿Quieres probar algo nuevo?

–¿Te refieres a hacer el amor en el tejado? Ya hemos usado tu ducha varias veces, la cama, la playa, el barco... Ah, y el cuarto de limpieza del hotel. ¡Menos mal que no nos pillaron!

Tarek sonrió con picardía y la besó hasta dejarla inerme.

–Podríamos probar las encimeras de la cocina –dijo cuando rompió el beso–, pero me temo que ya han empezado a preparar la comida.

Kira le rodeó el cuello con los brazos.

–A mí me parece que la cama no está tan mal –susurró.

–Quería probar una postura nueva –susurró él, colocándola de costado–, para aumentar tu placer.

Kira sintió su sexo endurecido contra su trasero y, girando la cabeza, dijo:

–Confío en ti.

Tarek alzó la pierna sobre su muslo.

–Puedes confiar en que vas a tener sensaciones que no has experimentado nunca.

Cuando Tarek la penetró, Kira comprendió a qué se refería. Podía sentir cada milímetro del cuerpo de Tarek pegado a ella al tiempo que se movía rítmicamente; cada caricia exacerbada su placer al usar Tarek sus dedos con maestría. Echó de menos no ver su rostro en la

progresión hacia el clímax, pero el contacto completo de sus cuerpos compensó aquella pérdida.

Al acelerar Tarek el ritmo de sus movimientos y de sus dedos, Kira ya no pudo pensar, arrastrada por un orgasmo que la alcanzó como una locomotora descarrilada. Cuando el primer espasmo la sacudió, Tarek mantuvo la intensidad de sus caricias, elevando el clímax a límites nuevos. Pronto sintió a Tarek tensarse, antes de dejarse ir con un profundo gemido. Y cuando colapsó, laxo, a su espalda, ella estaba desfallecida y saciada como no lo había estado nunca.

En el lapso de silencio que siguió, Kira fue súbitamente consciente de que sus días con Tarek estaban llegando a su fin y de que, aunque Tarek decidiera formar parte de la vida de su hijo, no le perdonaría que hubiera tardado tanto en decírselo. Incluso cabía la posibilidad de que no quisiera saber nada de ella después de Chipre. Y solo había una manera de saberlo, por muy dolorosa que resultara.

Cuando Tarek se giró sobre la espalda, arrastrándola consigo, Kira apoyó la mejilla en su pecho.

–Acabo de hablar con Elena –dijo, optando por introducir el tema de manera indirecta.

–Espero que todo vaya bien en palacio y no necesiten tu presencia –dijo él, sin dejar de acariciarle la espalda.

–Sí, todo va bien. Pero me ha dado un recado para ti: quiere que vayas a verla cuando vuelvas.

–¿Para qué?

–Por algo relacionado con una mujer de Marruecos con tu mismo apellido. Cree que podéis estar relacionados.

Tarek detuvo el movimiento de la mano súbitamente.

–Lo dudo. En Marruecos hay varias familias con ese apellido.

–Eso le he comentado yo, pero le he dicho que te daría el mensaje.

–Pasaré a verla si tengo tiempo –Tarek sonó irritado y molesto.

A Kira le costó comprenderlo, porque todo el mundo sentía afecto por Elena. En cualquier caso, decidió cambiar de tema.

–¿Has hablado con Yasmin últimamente?

–Esta mañana. Está feliz con el cachorro que le regalé, aunque es un chucho que encontró un miembro del personal por la calle.

–Suelen ser los mejores perros.

–Yasmin debe de pensar lo mismo. Me ha llamado para decir que le ha puesto mi nombre.

–¡No creo que hay a muchos Tarek en el mundo canino! – bromeó Kira.

–No es Tarek, sino Poppy, que es como me llama siempre que quiere algo.

Todo apuntaba a que la relación entre ellos era mucho más próxima de lo que Tarek le había dado a entender inicialmente.

–Me da la impresión de que te adora.

–Es una niña de buen corazón.

Y podría ser su hija si Tarek decidía adoptarla. Quizá saber que iba a tener un hijo propio le animaría a hacerlo.

Había llegado el momento de enfrentarse a lo inevitable.

Kira se incorporó, cubriéndose con la sábana. No sabía cómo empezar si no era diciendo a bocajarro «estoy embarazada», pero pensó en una manera de guiar a Tarek hasta que extrajera sus propias conclusiones.

Tomó una almohada y se abrazó a ella.

–¿Te has planteado proporcionar a Yasmin un compañero de juegos?

Tarek frunció el ceño.

–¿No es eso un cachorro?

–Me refiero a uno humano. Un hermano o una hermana. Yo soy hija única y sé que uno se puede sentir muy solo. Y eso que los Mehdi fueron prácticamente mis hermanos adoptivos.

–Yo también soy hijo único y no tuve ningún problema. Puesto que Yasmin no es mi hija, es imposible darle un hermano. Tú misma has insinuado que no le dedico suficiente tiempo. Si acogiera a otro huérfano, terminaría desatendiendo a los dos.

Había llegado el momento de pasar la prueba de la paternidad.

–Podrías encontrar a alguien especial con quien compartir esa responsabilidad.

–Ya te he dicho que tengo una institutriz excepcional.

¿Cómo podía ser tan obtuso?

–Por especial me refiero a una esposa. Solo te faltan dos años para cumplir cuarenta, ¿no crees que deberías sentar la cabeza? Si eres como la mayoría de hombres que conozco, querrás tener un hijo que herede tu fortuna y siga tus pasos.

–Podría ser Yasmin.

–Sin embargo, y aunque está claro que la quieres, no la has adoptado legalmente. ¿Qué te hace rehuir a cualquiera que se acerca demasiado a ti?

Tarek se levantó y caminó por la habitación.

–El amor va acompañado de condiciones y, a menudo, de mentiras.

Kira asió la sábana con una creciente ansiedad.

–¿Quién te ha mentido, Tarek? ¿Athena? Créeme, sé lo que es ser traicionado por un amante, pero es importante olvidar, seguir adelante y permanecer abierto a nuevas posibilidades.

Tarek se detuvo y se frotó la nuca.

–Esto no tiene que ver con ninguna amante. Además, el pasado es el pasado.

–La teoría está bien, pero no parece que la estés aplicando.

–Hay muchas cosas que no sabes de mí, Kira.

–Como tú desconoces muchas de mí, Tarek. He intentado decírtelo varias veces desde que estamos aquí –Kira suspiró–. O quizá pensaba que si no te lo decía se pasaría. Pero esto no va a pasarse.

Tarek se puso los calzoncillos y, apoyando ambas manos en el pie de la cama, preguntó con gesto consternado:

–¿Estás casada?

Kira estuvo a punto de reír.

–Claro que no.

–¿Tienes un amante?

–No, ni por asomo.

–¿Tienes un hijo secreto?

–Te estás aproximando –por el gesto contrariado de Tarek, Kira temió lo peor.

–Estoy esperando un hijo tuyo –por fin lo decía y el cielo no se desplomaba. Pero sí lo hizo la expresión de Tarek durante los segundos que tardó en asimilar la noticia.

–¿Desde cuándo lo sabes? –preguntó con aspereza.

Aquella era la parte que Kira más temía.

–La doctora lo confirmó el mismo día que me pediste que viniera a Chipre. En parte fue la razón de que decidiera hacer el viaje.

–Sin embargo, no tuviste la cortesía de compartir la noticia conmigo.

La acusación hizo estremecer a Kira.

–Quería conocerte mejor para saber cómo reaccionarías. Está claro que no te alegras en absoluto.

Tarek entrelazó las manos detrás de la cabeza y le dio la espalda.

–Me aseguraste que tomabas anticonceptivos. ¿También eso era una mentira?

Kira se enfureció.

–Si de verdad crees que te he engañado para quedarme embarazada, estás muy equivocado. Mi primera reacción al saberlo fue de espanto, luego de confusión. Pero una vez me hice a la idea, decidí tener el bebé y amarlo y cuidarlo aunque tú no lo quieras.

Sin decir palabra, Tarek terminó de vestirse. Kira salió de la cama envuelta en la sábana y decidida a conseguir que expresara lo que sentía.

–¿No piensas decir nada más, Tarek?

–Necesito pensar –dijo él, dirigiéndose hacia la puerta.

Al borde de las lágrimas, Kira tuvo que asimilar que sus peores presagios se habían hecho realidad: Tarek no tenía la menor intención de ser padre.

Tarek había pensado volver al hotel, pero varias horas después conducía un Porsche nuevo, sin rumbo fijo. El anuncio de Kira seguía ocupando sus pensamientos cuando tomó la dirección de su casa.

«Estoy esperando un hijo tuyo».

Era la primera vez que oía esas palabras en los labios de una mujer, y nunca había imaginado escucharlas, a no ser que fuera como parte de un chantaje.

A pesar de su perplejidad y aunque no se sintiera capaz de decir que lo ella quería oír, debía hablar con Kira. Era verdad que sus sentimientos hacia ella eran más poderosos que los que había sentido por ninguna otra mujer. Pero Kira, su bebé y Yasmin se merecían un hombre mejor que él, alguien que no estuviese amargado, ni obsesionado con vengarse. Si no podía ser el tipo de padre que había sido Mikail Azzmar para él, solo podía perjudicarlas.

En cuanto llegó a la casa buscó a Kira. Finalmente la encontró en la terraza del dormitorio principal, el lugar favorito de ambos, donde había compartido más de una conversación íntima y numerosos momentos de placer. Desafortunadamente, esas conversaciones no habían incluido una información que le correspondía haber sabido hacía semanas. Y aunque él también guardara secretos, no podía contener su indignación por lo que consideraba una nueva traición en su vida.

Pronto acabarían todas las mentiras.

Salió y se sentó frente a Kira, que pareció sobresaltarse con su llegada. Permanecieron en silencio, sin mirarse, hasta que Kira carraspeó.

–¿Te has calmado lo suficiente como para hablar?

–Estoy todo lo tranquilo que puedo estar dadas las circunstancias.

Kira bebió agua del vaso que asía con fuerza.

–Ninguno de los dos esperaba esto, pero eso ya es lo de menos. La cuestión ahora es decidir qué vamos a hacer por el bien del bebé.

Tarek necesitaba más tiempo para hacerse a la idea de que iba a tener un hijo.

–No te preocupes, me aseguraré de que nunca os falte nada ni a ti ni al niño. Es todo lo que puedo decir por el momento.

Kira lo miró abatida.

–Ojalá te lo hubiera dicho antes, Tarek, pero no sabía cómo. Lo

cierto es que es nuestro hijo y no quiero tu dinero. No lo necesito. Además, prefiero ser pobre y que me amen a ser rica y estar sola.

–La riqueza no implica soledad –le corrigió Tarek.

–Solo si utilizas el dinero para comprar amigos.

La insinuación abrió una herida que hizo enfurecer a Tarek.

–No tienes derecho a juzgarme después de lo que me has ocultado...

Kira se inclinó hacia adelante y, mirándolo fijamente, preguntó:

–¿No es precisamente eso lo que has hecho con los Mehdi?

–Más que amigos, los considero mis socios.

–Pero hablas de ellos con desdén, incluido su padre. Sin embargo, eso no te ha impedido invertir en el proyecto de conservación para congraciarte con la familia. Incluso has construido tu mansión en las proximidades del palacio. Empiezo a preguntarme si no se trata de una competición para ganártelos y conseguir algo que ellos tienen y que tú deseas.

Si Kira supiera que lo que realmente quería de ellos era que reconocerían su existencia…

–Puedes pensar lo que quieras, pero la inversión era buena. Comprar la casa fue una idea posterior.

–Una más para tu colección –dijo Kira, sarcástica–. ¿No te parece irónico que sea tan grande cuando no tienes a nadie con quien compartirla?

Durante mucho tiempo, Tarek había creído que el tamaño de una casa era una prueba de prestigio, pero ya no estaba seguro.

–Quizá se deba a que crecí en una casa muy pequeña.

–O puede que en el fondo estés deseando llenar todas esas habitaciones con una familia. Aunque también es posible que eso sea lo que yo quiero creer.

Tarek no pensaba debatir esa teoría, pero necesitaba que Kira comprendiera que estaban en una situación muy complicada.

–No tienes ni idea de las implicaciones que este embarazo tiene.

–Si temes perder tu fama de galán rico, no te preocupes. Los Mehdi no tienen por qué saber que eres el padre. En cambio puede que yo pierda mi trabajo y tengo que decirles a mis padres que su hija va a darles un nieto sin estar casada. Aun así, estoy segura de que tanto ellos como la familia real, me perdonarán.

A pesar de su enfado, a Tarek le preocupaba el futuro de

Kira.

–Como te he dicho, no te faltará nada.

Kira dejó escapar un suspiro de frustración.

–Muy bien, Tarek, dame una paga mensual y paga los estudios de

tu hijo si eso limpia tu conciencia. Pero algún día, cuando nuestro hijo o nuestra hija crezcan, se preguntará por qué su padre lo abandonó. Lo sé porque yo me lo pregunté.

Kira no lo sabía, pero él había pasado por lo mismo. Había llegado el momento de aclararle algunas cosas.

–Hay algo que no sabes sobre mis orígenes.

Kira frunció el ceño, confusa.

–Sé que naciste en una familia corriente, como yo. ¿Qué más debo saber?

–Mi madre era una mujer corriente, pero mi padre no.

–¿No me dijiste que era albañil?

–Me refiero a mi padre biológico.

Kira lo miró perpleja.

–¿Quieres decir que el hombre con el que creciste no era tu padre?

–Exactamente. Se casó con mi madre cuando estaba embarazada, después de que mi padre biológico nos abandonara y jamás reconociera mi existencia.

–¿Y dónde está?

–Muerto. Me alegraría si no fuera porque se llevó a la tumba cierta información que yo habría querido tener.

–Lo siento mucho, Tarek –dijo Kira, mirándolo con compasión–. Pero quizá sea mejor que no conozcas los detalles.

–Estoy decidido a averiguar la verdad.

–¿Cómo se llama el hombre por el que sientes tanto odio?

Por primera vez en su vida, Tarek iba a revelar el nombre del tirano que lo había abandonado.

–Aadil Mehdi, el difunto, y tan venerado por ti, rey de Bajul.

Capítulo Nueve

Kira expresó su sorpresa con una exclamación ahogada y se quedó muda hasta que súbitamente asimiló las consecuencias de lo que acababa de descubrir.

–¿Este bebé es un Mehdi?

–Me temo que eso parece –dijo Tarek–. Es una lástima nacer en una familia real maquiavélica que no tiene ni idea de lo que significa ganarse la vida.

La lealtad a los Mehdi hizo reaccionar a Kira.

–Los hermanos Mehdi son buenas personas, Tarek, y su padre era un líder fuerte y generoso.

–Era un autócrata que ignoraba a los pobres de su país.

Kira sabía hacía tiempo que el antiguo rey había cometido errores.

–Puede que no les proporcionara suficiente ayuda, pero Rafiq, Zain y Adan han rectificado eso, aunque está claro que tu rencor hacia su padre impide que lo notes.

–Tendremos una prueba de su verdadero carácter cuando les informe de que soy el hijo ilegítimo de su padre.

Dadas las circunstancias, a Kira le indignó ese comentario.

–Odio esa etiqueta, Tarek. Todo niño es legítimo.

–La odies o no, muchos siguen utilizándola.

Kira tenía muchas otras preguntas, pero no sabía por dónde empezar.

–¿Cuándo lo averiguaste?

La mirada de Tarek se tiñó de tristeza antes de recuperar el brillo de la rabia.

–El que creía mi padre me lo dijo antes de morir. Me hizo jurar que, en memoria de mi madre, no revelaría la verdad. Desde ese momento me he dedicado a demostrar que, a pesar de que se me hayan negado mis derechos de nacimiento, valgo tanto como cualquier príncipe.

Eso explicaba su obsesión por alcanzar la más alta posición en el mundo de los negocios.

–¿Vas a decirles que eres su hermanastro?

–Cuando lo crea conveniente.

Kira no se sentía con fuerza para pedirle aclaraciones, pero previó un problema en ese plan.

–Si hubieran sabido la verdad desde el primer momento te habrían recibido con los brazos abiertos. Pero no sé cómo reaccionarán al saber que les has engañado.

–Me da lo mismo lo que piensen. No necesito su aprobación.

A veces Kira creía conocerlo mejor que él a sí mismo, y decidió darle una lección.

–Eso es precisamente lo que buscas. Prácticamente acabas de admitirlo. Espero que se lo digas lo antes posible, y que tengas más pruebas que las palabras de un hombre moribundo.

–Todavía no, pero estoy seguro de que hay alguien en el palacio que conoce el romance que el rey tuvo con mi madre antes de abandonarla.

Kira quiso aclarar una perturbadora sospecha.

–¿Tiene esto algo que ver con que quisieras relacionarte conmigo? ¿Me has utilizado para obtener información?

El titubeo de Tarek le sirvió de confirmación.

–Mentiría si dijera que no se me pasó por la cabeza. Pero al ver lo leal que eras a los Mehdi tuve la seguridad de que no me proporcionarías ninguna información confidencial.

La explicación no consoló a Kira.

–Eso me hace pensar que tu relación conmigo se ha basado en la venganza. ¿Pretendías hacer daño a la familia seduciendo a una mujer a la que consideran como una hermana?

–Te aseguro que no. Cuando nos conocimos no tenía ni idea de que hubieras crecido con ellos. Además, no me sorprendería que alguno de los Mehdi conozca mi verdadera identidad.

Kira negó con la cabeza.

–Lo dudo –ya no sabía qué creer de lo que Tarek decía–. De otra manera, te lo habrían dicho en cuanto entraste en su casa. No creo que sepan nada de la relación entre tu madre y su padre, si es que es cierta.

–O puede que intenten evitar otro escándalo.

Los escándalos se habían sucedido en el palacio en los últimos tiempos. Primero, con la noticia de que Elena era la madre biológica de Adan y amante durante años del rey, un hecho que se había conseguido llevar con discreción. Después, el matrimonio del nuevo rey con una mujer divorciada. Y la nueva información podía resultar aún más explosiva.

Kira de pronto recordó las crípticas preguntas de Elena sobre la madre de Tarek y se le encendió una luz. Aunque no quería ayudar a Tarek, debía proteger el legado de su hijo.

–Sé a quién debes preguntar por el posible romance de tu madre con el rey.

–Espero que no te refieras a alguno de los príncipes.

–No, me refiero a su antigua institutriz. Fue la confidente del rey

durante muchos años. Si hay alguna prueba, ella la tendrá. Pero si no la hubiera, ¿qué vas a hacer?

Tarek se frotó la barbilla.

–Lo decidiré después de hablar con la antigua amante del rey.

Era evidente que el secreto no se había guardado tan bien como Kira creía.

–¿Cómo te has enterado?

–Adan me contó que Elena era su madre y las circunstancias de su nacimiento. Está claro que Aadil no sabía ser fiel a una sola mujer.

A Kira le irritó el desdén que destilaban sus palabras, especialmente porque Tarek no conocía todos los detalles.

–Elena me contó que su relación comenzó tras la muerte de la reina. El acuerdo de tener a Adan cuando la reina ya no podía concebir fue solo eso, un acuerdo. Ninguno de los dos pensaba que su relación se convertiría en un profundo amor.

–Otro amor construido sobre mentiras.

A Kira le entristeció el profundo cinismo de Tarek. Aun así quiso quitarse un peso del pecho por más que supiera que no iba a cambiar nada.

–Tarek, te amo. Creo que me enamoré de ti el día que dimos un paseo por el jardín y me contaste tus años en la universidad y cuánto habías trabajado para alcanzar el éxito. Me tomaste la mano para evitar que me cayera al tropezar con una piedra y pensé que eras todo un caballero. Pero me niego a vincularme a un hombre tan resentido que no valora el amor incondicional. Mi bebé y yo nos merecemos más que eso.

Tomó aire profundamente y continuó:

–Puede que yo te traicionara al no ser honesta respecto al bebé, pero cada vez que evitas tener cualquier sentimiento que no sea la ira, te traicionas a ti mismo. Tu bebé necesita un padre que tenga sentimientos.

Tarek pareció reflexionar antes de contestar.

–Si confirmo que soy hijo del rey, deberíamos casarnos para dar mi nombre a nuestro hijo.

Kira lo miró perpleja.

–Claro, Tarek, casémonos por el bien de nuestro hijo. Gracias, pero no. Prefiero criar a mi hijo sola que atarme a un hombre que no sabe lo que es el amor.

Al ver que Kira se ponía en pie Tarek preguntó:

–¿Adónde vas?

–A hacer las maletas –y probablemente, a llorar–. Dijiste que podía irme cuando quisiera, y planeo hacerlo mañana. El hotel está

prácticamente terminado. Te deseo mucha suerte con tus proyectos, y si milagrosamente decides ser un padre de verdad para tu hijo, escríbeme un correo electrónico.

–Preferiría un encuentro cara a cara.

–Yo no.

Y sin añadir más, Kira se fue. No albergaba ninguna esperanza respecto a Tarek, como no sabía cuándo dejaría de llorar. Pero seguiría adelante sin él.

Mecánicamente se llevó la mano al vientre en un gesto protector. Pasara lo que pasara, siempre tendría un recuerdo de él.

–¿Podemos pasar?

Kira sacó las últimas prendas de la maleta y al volverse vio en la puerta a Madison y Piper Mehdi.

–Chicas, vosotras siempre sois bienvenidas.

Las dos mujeres prácticamente saltaron sobre la cama.

–Gracias, Kira –dijo Piper, descansando las manos en su abultado vientre–. Necesitábamos un respiro. Los niños están insoportables. Sam está hiperactivo por la cantidad de azúcar que ha tomado.

–Y los gemelos están aún peor –dijo Madison, ajustándose la cola de caballo.

–¿Qué tal es el aya que contraté? –preguntó Kira sentándose en una butaca.

–Muy buena. Pero con el día que le están dando los niños, no me extrañaría que dimitiera –contestó Piper.

Madison se tumbó y mirando al techo, comentó:

–Me preocupa que Zain insista en que tenga otro bebé. Apenas acabo de quitarles los pañales a los gemelos.

Piper le dio una afectuosa palmada en el brazo.

–Tú también quieres otro hijo. O al menos dedicarte al proceso para conseguirlo.

–Claro que sí –Madison sonrió–. No sé qué habría sido de mí si Zain no hubiera impedido que me fuera y hubiera tenido que criar a los gemelos sola.

Ese comentario afectó a Kira. Ella solo tenía Canadá como posible destino, y dudaba que marcharse fuera la solución.

–Afortunadamente, no has tenido que enfrentarte a eso – contestó Piper–. Adan en cambio me dejó ir, pero fue listo y vino a buscarme a Estados Unidos cuando se dio cuenta de que no podía vivir sin mí.

Kira dudaba de que Tarek la buscara para declararle amor eterno.

–Y ahora tienes un hijo y otro en camino. A las dos os ha ido muy bien en el campo de la procreación.

Madison se incorporó como un resorte.

–Hablando del tema, ¿te has dedicado a la procreación con Tarek durante vuestro viaje?

De no estar segura de que era imposible, Kira habría creído que las dos mujeres sabían que estaba embarazada.

–El objetivo del viaje era trabajo, no la procreación.

Y no mentía. Eso había sucedido antes.

Tras ponerse en pie, Piper presionó ambas manos contra su dolorida espalda, y mirando a Kira con escepticismo, comentó:

–Yo juraría que te has sonrojado.

Kira se llevó las manos a sus acaloradas mejillas.

–Tengo un poco de calor.

–Hablando de Tarek, ve por el cuadro, Piper –dijo Madison.

–Todavía no lo he terminado.

Madison señaló la puerta y dijo:

–Está prácticamente terminado. Ve a por él.

Haciendo un mohín y mascullando, Piper salió y volvió con el retrato de un hombre de unos treinta años.

–Como pintora oficial del palacio, mi suegra me ha encargado este retrato para su colección privada. Me dio una fotografía del rey Aadil en la plenitud de su vida. Dice que es su favorita, y no me extraña. Era un hombre muy guapo.

Kira apenas pudo contener su sorpresa ante el parecido con Tarek.

–Es un retrato magnífico, Piper. Le va a encantar.

–¿No lo encuentras parecido a Tarek? –preguntó Madison, poniendo voz a los pensamientos de Kira.

–Los dos son de Oriente Medio y atractivos –mintió esta, encogiéndose de hombros.

–Yo les veo un increíble parecido –dijo Piper–. Puede que Tarek sea hijo secreto de Aadil.

Kira estuvo a punto de atragantarse.

–Así empiezan indeseados rumores.

–Es verdad –replicó Madison–. Y como responsable de prensa del palacio, me corresponde a mí negarlos, así que no vuelvas a decir eso, Piper.

Esta descansó el retrato contra la pared y volvió a sentarse en la cama.

–En serio, Kira, todos notamos hace unos meses que tú y Tarek coqueteabais. ¿Estás segura de que no pasó nada entre vosotros en Chipre?

Madison se puso de rodillas y la miró como un perro pidiendo un hueso.

–Venga, somos amigas. Cuéntanos algo.

Kira sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y balbució:

–Lo siento. Es que… –se sorbió la nariz y calló para contener el llanto.

Piper frunció el ceño.

–Si te ha hecho algo malo, voy a ocuparme de que Adan le dé una paliza.

–Y yo le mandaré a Zain –apuntó Madison.

Kira sintió aún más ganas de llorar.

–Puesto que os vais a enterar más pronto o más tarde, Tarek y yo mantuvimos una breve relación, pero os ruego que no le digáis nada a vuestros esposos. Si se enteran de que me he relacionado con un invitado del palacio, puede que me despidan. Ya me preocupa bastante que sospechen algo.

–No te inquietes –dijo Madison–. Los hombres no suelen darse cuenta de nada a no ser que les afecte directamente.

Piper asintió.

–A veces ni aun así. Yo prácticamente tuve que tatuar lo que sentía por Adan en su frente para que se enterara.

Kira pensó que ni siquiera esa sería la solución en su caso.

–De todas formas, lo nuestro ha terminado. No tenía futuro.

Un pitido agudo hizo que Madison sacara el teléfono del bolsillo y leyera un mensaje.

–La pobre aya quiere saber si los niños pueden tomar más galletas.

–¡Ni hablar! –dijo Piper, levantándose–. Será mejor que volvamos. Sam tiene que echarse una siesta.

–Ojalá yo pudiera dormir un rato, pero con los peques es imposible –dijo Madison.

Las dos abrazaron a Kira antes de irse.

–Kira, si necesitas hablar ya sabes dónde estamos –dijo Piper antes de salir–. Pero quizá no debas dar a Tarek por perdido.

Kira pensó que no tenía ningún motivo para pensar que valía la pena no rendirse. El retrato le daba una excusa para llamarlo, pero decidió no hacerlo. Era Tarek quien tenía que librar aquella batalla. Ella ya tenía suficientes problemas con la paternidad de su propio hijo. Tenía que dedicar toda su energía a recomponer su destrozado corazón.

Tarek había fracasado en sus esfuerzos por olvidar a Kira. Cada detalle, cada amanecer, cada atardecer le recordaban a ella. Se iba a la cama solo y se despertaba alargando la mano hacia la mujer a la que echaba de menos desesperadamente… y encontraba un vacío allí

donde solía encontrarla.

En aquel momento esperaba fuera de las habitaciones de Elena Battelli, confiando en encontrar las respuestas que le permitieran dejar el pasado atrás, tal y como Kira le había recomendado hacer. Ella le había obligado a abrir viejas heridas, dejándolo sangrar solo mientras decidía el camino que su vida debía tomar. Y lo que había descubierto no le había gustado nada.

Llamó a la puerta y recibió una respuesta inmediata.

–Adelante –Elena indicó con la mano el interior–. Toma asiento, por favor.

Tarek se sentó en un sofá mientras Elena se sentaba frente a él en una butaca.

–Gracias por recibirme con tanta prontitud –dijo él–, pero necesitaba hablar contigo urgentemente.

Elena lo miró con dulzura.

–Kira me ha dicho que sospechas que Aadil era tu padre biológico, así que no hace falta que nos andemos con rodeos. ¿Tu madre se llamaba Darcia?

–Sí –dijo Tarek, sobresaltado.

–Entonces tengo que enseñarte algo.

Elena se levantó, fue a otra habitación y volvió con un papel amarillento y un sobre.

–Le envió esto a Aadil. Léelo.

Tarek reconoció la letra de su madre y empezó a leer ansiosamente. El contenido confirmaba la relación e incluía la petición al rey de que no volviera a ponerse en contacto con ella.

Cuando la terminó, Tarek se volvió a Elena.

–No se menciona el embarazo de mi madre.

–En la carta deja claro que sabía que no podían seguir juntos porque él estaba prometido a otra. Quizá no quiso informar a Aadil.

Tarek sintió la misma furia que lo había dominado tantas veces.

–Así que sigo sin saber si él era o no mi padre.

–Pero yo tengo más información –dijo Elena–. Una noche, hace muchos años, Aadil me dijo que tu madre era la mujer de su vida y que había estado dispuesto a dejar el trono por ella. Sin embargo, cuando volvió a buscarla a Marruecos, se había mudado de casa de sus padres para vivir con la familia de su esposo. Cuando la localizó, la interrogó sobre la paternidad del bebé que esperaba. Ella negó que fuera suyo y le pidió que se marchara. Él siempre sospecho que sí lo era, pero nunca volvió a molestarla y cumplió con sus deberes de rey.

–Una sospecha no es una prueba.

–Pero esto sí –Elena abrió el sobre que tenía en el regazo y sacó

unos recortes de periódico que le pasó–. Aabil siguió todos tus pasos como si esperara encontrar alguna vez una confirmación.

Tarek ojeó los artículos y fotografías.

–Solo demuestran que estaba obsesionado con el hijo de la mujer a la que no pudo poseer.

Elena sacó un último papel y se lo tendió.

–Sin embargo, esta prueba es irrefutable.

Pasaron unos segundos antes de que Tarek se diera cuenta de que se trataba de una prueba de ADN comparando el suyo con el del rey. El resultado era de una coincidencia de prácticamente el cien por cien. Pero antes de creerlo plenamente, todavía quiso preguntar:

–¿Cómo consiguió el ADN?

Elena alzó sus frágiles hombros.

–Eres un hombre muy poderoso y con muchos contactos. Una vez encontré un informe de un detective que decía haber conseguido del sujeto al que seguía en Marruecos un vaso que había tirado a una papelera. Supongo que eras tú.

Tarek no llegaba a asimilar la noticia.

–Eso significa que mi madre fue fiel a su marido.

–Supongo que él rescató a Darcia de la humillación de tener un hijo soltera. También creo que Aadil no se puso en contacto contigo para evitarte la humillación.

–Creo que tienes razón –dijo Tarek. Y por primera vez el enfado que había sentido hacia su padre se trasformó en lástima por no haberlo conocido.

Hizo ademán de devolver el documento a Elena.

–Guárdalo. Has tardado muchos años en conseguir esta información.

–Gracias. Ahora tengo que decidir qué hacer respecto a mis hermanos.

Elena sonrió afectuosamente.

–Debes decírselo.

Esa había sido la intención de Tarek hasta ese momento, pero de pronto no estaba ni siquiera seguro de lo que sentía por ellos.

–No sé si sabrán perdonar que les haya engañado.

–Rafiq puede ser más reacio inicialmente, pero Zain y Adan te aceptarán en la familia sin problema. Verás que la fecha del documento es de una semana antes de la muerte de Aadil. Estoy segura de que, de haberse asegurado antes, se habría ocupado de ti con el mismo interés que de sus demás hijos.

–Ojalá tengas razón.

–Y espero que tu experiencia te sirva para actuar adecuadamente

respecto al hijo que esperas.

A Tarek no lo tomó por sorpresa que Kira se lo hubiera contado.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde que lo supo Kira. Necesitaba apoyarse en alguien. Yo le animé a decírtelo, y me extrañó que tardara tanto tiempo.

Tarek no la culpaba.

–Sigo sin saber cómo actuar. En parte no creo estar a la altura de ser padre.

Elena posó una mano sobre la de él.

–Cualquier hombre puede procrear; no todos saben ser padres. Cometerás errores, pero las compensaciones son muchas. ¿Y someterías a tu hijo a la tortura que has padecido tú, preguntándote por el hombre que te concibió?

Elena era una mujer sabia y con una increíble intuición.

–No, no lo haría.

–Excelente. ¿Y qué vas a hacer respecto a la madre de tu hijo?

Tarek seguía sin dar con la respuesta a esa pregunta.

–La voy a apoyar en todo.

–¿En todo? –Elena hizo una breve pausa antes de preguntar–: ¿La amas, Tarek?

En el pasado Tarek había creído no tener sentimientos, pero había descubierto lo contrario hacía poco tiempo.

–Lo que yo sienta da lo mismo –todavía temía expresar con palabras sus emociones por temor a mostrarse vulnerable–. Le propuse matrimonio, pero me rechazó.

–¿Le dijiste que la amabas?

–No.

Elena mascullό algo en italiano, acompañando sus palabras de aspavientos.

–No me extraña que te rechazara. Te lo pregunto de nuevo: ¿la amas?

Tarek optó por la sinceridad.

–Admito que he estado desesperado, que ansío volver a verla y decirle lo que siento, pero temo no tener la oportunidad de hacerlo.

Elena frunció el ceño.

–¡Excusas! Nunca he entendido por qué los hombres están tan ciegos. Tú la amas y Kira te ama; ella solo quiere estar a tu lado. ¿Vas a privarte de ella y de tu hijo?

No. Pero todavía quedaba otro escollo.

–Antes de irse de Chipre dijo que si quería ponerme en contacto con ella, debía escribirle un correo electrónico.

–Tienes que darle la oportunidad de rechazarte o aceptarte.

Tarek ansiaba lo primero, pero temía que sucediera lo segundo.

–No sé cómo proceder.

Elena rio quedamente.

–¡Entonces estás en el sitio adecuado! He hecho de celestina más de una vez.

Tarek necesitaba toda la ayuda que pudiera prestarle.

–¿Se te ocurre algún plan?

–Sí, pero requiere una parte de creatividad que rozaría el engaño.

–Los engaños nos han llevado a esta situación.

–Pero este es necesario para conseguir nuestro fin –dijo Elena, enigmáticamente–. Kira lo comprenderá cuando sepa cuál era el objetivo.

–Si es así, confío en ti.

–Antes de seguir adelante, tienes que asegurarme que quieres una relación permanente con ella –dijo Elena adoptando un tono solemne.

–Desde luego –dijo Tarek.

–Muy bien. Entonces debemos pasar a los detalles.

Tarek pensó en algo súbitamente.

–¿Debería informar antes a los Mehdi de mi identidad?

–Deja eso en mis manos.

Tarek no estaba acostumbrado a ceder el poder, pero en aquellas circunstancias, lo haría.

–Si piensas que es lo mejor…

–Lo creo –Elena se inclinó hacia adelante y, bajando la voz, continuó–: Esto es lo que vamos a hacer…

–¿Estás ocupada?

–Nunca estoy ocupada para ti, Elena –dijo Kira sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador–. ¿Qué necesitas?

Elena acercó una silla y se sentó.

–Quería preguntarte algo sobre tu última visita al médico.

Kira introdujo la última cifra de un presupuesto, apagó el ordenador y se volvió hacia ella.

–Maysa dice que todo va bien. El mes que viene va a hacerme una ecografía. Dice que puedo averiguar el sexo, pero no estoy segura de querer saberlo.

–¿Has tenido noticias del padre?

–Ni una palabra. Pero no me sorprende –contestó Kira, abatida.

Elena miró la hora.

–¿Si Tarek viniera y te declarara su amor, te plantearías aceptarlo?

Sin dudarlo.

–No vale la pena que me lo plantee porque eso no va a suceder.

–Nunca se sabe, cara –dijo Elena, volviendo a mirar el reloj.

–¿Tienes una cita? –preguntó Kira.

–Yo no, pero tú sí –Elena se puso en pie–. Tienes una cita con Rafiq.

Kira repasó mentalmente su agenda.

–¿Cuándo?

–Ahora mismo. Me ha pedido que vayas a su despacho.

–¿Sabes de qué se trata? –preguntó Kira, desconcertada.

–No estoy segura, así que prefiero no especular.

Kira fue hacia la puerta.

–Espero que sea breve. Estoy muy ocupada.

Elena masculló algo en italiano detrás de ella de camino al despacho de Rafiq. Llamaron a la puerta y este les hizo pasar.

En cuanto entró, Kira pensó que se encontraba ante un tribunal de miembros de la realeza vestidos para la ocasión. Rafiq estaba tras su escritorio, elegante y digno. Zain y Adan estaban de pie detrás de él, cruzados de brazos, como dos centinelas. Kira desvió la mirada hacia la derecha y vio a un cuarto hombre, cerca de la ventana. Para los demás era un exitoso hombre de negocios. Para ella, el padre de su hijo.

–¿Qué está pasando? –preguntó cuando consiguió articular palabra.

–Eso es precisamente lo que yo querría saber –preguntó Adan.

–Y yo –añadió Zain–. Mi mujer y yo planeábamos salir a cenar.

Elena posó una mano sobre el hombro de Kira y dijo:

–Tarek lo explicará todo.

Como si le hubieran dado pie, Tarek dio un paso adelante y carraspeó.

–Os he convocado aquí para deciros que hasta hoy no he sido totalmente honesto con vosotros.

Rafiq lo miró con severidad.

–Sabemos que tú y Kira habéis mantenido una relación.

Kira intercambió una mirada de preocupación con Tarek antes de empezar:

–Os aseguro que no pretendíamos…

–No hace falta ser un genio para notarlo, Kira –la interrumpió Adan–. Prácticamente babeáis cuando estáis juntos. –Hasta el servicio tiene sospechas –añadió Rafiq–. En el palacio no hay secretos.

Kira se ruborizó.

–Solo puedo decir que lo siento mucho.

Tarek dio otro paso adelante.

–No responsabilicéis a Kira por mis actos. Precisamente os he

convocado en parte para hablar de mi relación con ella.

–¿Te importaría ser más preciso? –preguntó Zain.

Tarek caminó por la habitación como si necesitara ordenar sus pensamientos. Finalmente miró de frente a los hermanos y comenzó:

–Invertir en Bajul no es la razón fundamental por la que vine aquí, sino obtener una información que finalmente he conseguido esta mañana.

Kira contuvo el aliento mientras él hablaba de la relación de su madre con el difunto rey y de sus averiguaciones para determinar la identidad de su padre biológico. Concluyó diciendo:

–Gracias a Elena, ahora tengo la prueba de que soy hijo de Aadil Mehdi y vuestro hermano.

Los hermanos Mehdi lo miraron atónitos. Finalmente, Rafiq preguntó a Elena:

–¿Está diciendo la verdad?

Elena apretó afectuosamente el hombro a Kira antes de contestar:

–Sí. No hay duda de que Tarek es hijo de vuestro padre. Fue una relación anterior a que se casara con vuestra madre, y solo supo que había tenido un hijo poco antes de morir.

–¡Vaya, se ve que le gustaban las mujeres! –exclamó Adan–. ¿Cabe la posibilidad de que aparezcan más Mehdi? La última vez que tuvimos una de estas escenas, descubrí que la mujer a la que siempre había querido como si fuera mi verdadera madre, lo era.

–Calla, mi niño –dijo Elena–. Tarek todavía tiene que decirnos algo.

Kira percibió un brillo de vulnerabilidad en la mirada de Tarek antes de que recuperara su habitual semblante sereno.

–Comprendo que necesitéis un tiempo para asimilar una noticia tan impactante, pero confío en que me deis vuestra bendición respecto a lo que voy a contaros –tendió la mano hacia Kira y añadió–: Por favor, ven a mi lado.

Kira caminó hacia él como en una nebulosa y tomó su mano. De pie los dos, frente a la corte real, le temblaron las piernas.

–Como sabéis –comenzó Tarek–, Kira y yo hemos llegado a estar muy unidos…

–No lo dudo –dijo Zain con sorna, ganándose una mirada de censura de Elena–. Solo digo que eres un Mehdi, y con el apellido se hereda un alto grado de virilidad acompañado por una preocupante falta de control.

El comentario se ganó una risita de Adan. Tarek sonrió.

–En cualquier caso, sé que todos tenéis a Kira en alta estima, y por eso quiero expresar mi deseo de comprometerme con ella ante

vosotros. Ella es todo lo que un hombre puede desear.

Kira dejó escapar una exclamación ahogada.

–¿Quieres comprometerte? –preguntó.

–Desde luego. Aunque solo me diera cuenta cuando me dejaste.

–Yo también quiero, Tarek, pero…

–Ya vale de declaraciones sentimentales –masculló Rafiq–. Al grano.

Tarek volvió a mirar a sus hermanos.

–En ausencia de su padre, os pido permiso para pedirle que se case conmigo.

Mientras Kira se quedaba paralizada, los hermanos intercambiaron una mirada y asintieron. Entonces Rafiq se puso en pie.

–Si piensas tratarla con el respeto que merece, tienes nuestra bendición.

Tarek se volvió hacia Kira.

–Kira Darzin ¿me harás el honor de convertirte en mi esposa?

Ella ansiaba decir que sí, pero dudaba de que fuera lo correcto. Al menos por el momento.

–No.

Capítulo Diez

Tarek no daba crédito a que Kira lo rechazará. Y en público.

–¿No quieres ser mi mujer?

–No es que no quiera casarme contigo. Depende de cuál sea el motivo de tu proposición.

Tarek supo que debía dejar a un lado su orgullo al mirar a sus hermanos y ver que parecía divertirlos verlo en tal aprieto.

–Juro que te amaré siempre.

–¿Me amas? –preguntó Kira esperanzada.

–Sí.

Kira necesitaba más para estar plenamente satisfecha.

–¿Y nuestro bebé?

Tarek percibió una súbita tensión en el aire.

–Amaré a nuestro bebé como te amo a ti, y me esforzaré para ser el mejor padre posible.

Kira sonrió finalmente.

–Entonces mi respuesta es sí.

–¿Estás encinta, Kira? –preguntó Rafiq antes de que Tarek pudiera abrazarla.

Ella se volvió con gesto compungido.

–Sí, pero no lo habíamos planeado. En cualquier caso, ahora los dos estamos muy contentos.

–Vamos a tener que ampliar la guardería –bromeó Adan.

–Peor aún –intervino Zain–, tenemos que buscar una sustituta para Kira.

Elena dio un paso adelante.

–No os preocupéis. Entre tanto, yo haré sus funciones.

Mientras los intercambios se sucedían, Tarek encontró el momento de escapar. Tomó a Kira de la mano y susurró:

–Salgamos.

Antes de que salieran, Zain alzó el tono para decirle:

–Tarek, a partir de ahora te sentarás en el consejo de estado.

Tarek alzó una mano a modo de respuesta y cerró la puerta a su espalda. En cuanto giraron una esquina, besó a Kira apasionadamente.

–¿Estás completamente seguro de querer dar este paso? – preguntó ella cuando separaron sus labios.

Tarek no había estado tan seguro de algo en toda su vida.

–Sin atisbo de duda. Y ahora, si me acompañas arriba, hay algo que quiero enseñarte.

Kira fingió escandalizarse.

–Tarek, una cosa es que los Mehdi no hayan puesto pegas, pero ¿no crees que es poco apropiado aquí, en palacio?

Él la besó de nuevo.

–No me refería a eso, aunque más tarde no dudes que pienso dedicarte la atención que te mereces.

Subieron al segundo y piso y se detuvieron delante de la puerta del cuarto de juegos de los niños, a través de la que se filtraban sus animadas voces.

–¿Has hecho traer una cuna para nuestro bebé?

–No, la he instalado en casa –dijo él a la vez que abría la puerta y buscaba con la mirada a la niña de cabello y ojos oscuros. La vio en un rincón, jugando con los gemelos de Zain bajo la atenta mirada del aya. Cuando llamó a Yasmin en árabe, la niña alzó la mirada y sonrió.

–¡Poppy! –gritó, corriendo hacia él.

Tarek la tomó en brazos y volviéndose a Kira, las presentó:

–Esta es Yasmin. Yasmin, esta es Kira.

La expresión de felicidad de Kira significó para Tarek más que todo el oro del mundo.

–Me alegro mucho de conocerte, Yasmin.

–Eres muy guapa –dijo la niña, alargando la mano para tocarle la mejilla.

–Tú también, cariño.

Yasmin sonrió y volviéndose a Tarek preguntó:

–¿Puedo seguir jugando?

Él la dejó en el suelo y agachándose a su altura, dijo:

–Sí, en cuanto te dé un regalo.

Yasmin se balanceó adelante y atrás sin poder contener la excitación.

–¿Es otro cachorro?

–No, pero creo que te va a gustar –Tarek sacó del bolsillo una de las dos cajas de terciopelo–. Abre esto.

Yasmin obedeció y sus ojos se abrieron desorbitadamente al ver un anillo de plata.

–¿Es para mí?

–Claro –Tarek lo sacó de la caja y alzándolo en el aire, añadió–: Si aceptas ser mi hija.

La niña hizo un mohín.

–Ya soy tu hija, tonto.

Tarek le puso el anillo en el dedo.

–Ahora lo eres oficialmente.

Yasmin se abrazó a su cuello y lo besó.

–Voy a enseñárselo a Cala y a Joseph.

Cuando Yasmin ya se iba, Tarek la detuvo y la obligó a volverse.

–¿Qué tienes que decirle a Kira?

–Me alegro de conocerte –dijo la niña. Y haciendo una exagerada reverencia corrió junto a sus nuevos amigos. Tarek salió con Kira y, tras besarla una vez más, preguntó:

–He solicitado unas horas libres para ambos, ¿qué quieres hacer?

–Antes quiero decirte cuánto significa para mí lo que acabas de hacer –dijo Kira.

–Mientras estuvimos separados organicé la adopción, pero está en suspenso hasta saber si quieres aparecer como la madre.

Kira posó un dedo en sus labios.

–Será un honor, siempre que Yasmin esté de acuerdo.

–Seguro que lo estará, aunque puede que requiera comprarle otro chucho.

–Espero que quererla como si fuera mi propia hija haga que me quiera a mí como madre.

Tarek no concebía que alguien no amara a una mujer tan extraordinaria como Kira.

–No lo dudes. Le hablaremos de la boda pronto. Gracias a ti he aprendido que ser un buen padre no requiere lazos de sangre, sino amor y compromiso. Mi padre me lo enseñó, pero lo había olvidado.

Kira le acarició la mejilla.

–¿Llegarás a perdonar a tu padre biológico por no haberte reconocido?

Apenas hacía unos días la respuesta habría sido un rotundo no.

–No hay nada que perdonar. Mi madre no le dio otra opción. Solo lamento no haber llegado a conocerlo.

–Pero has ganado una familia completa, aunque sea un poco excéntrica –dijo Kira, sonriendo.

–Eso es verdad.

Kira abrió los ojos desmesuradamente.

–¡Tengo que decírselo todo a mis padres antes de que se enteren por otro lado! Debería llamarlos ahora mismo, pero tengo el teléfono en el despacho.

–Antes tengo que darte una cosa –dijo Tarek deteniéndola. Sacó la segunda caja que llevaba en el bolsillo–. Esto es para hacer nuestro compromiso oficial.

Kira miró la sortija de rubíes y diamantes y los ojos se le inundaron de lágrimas.

–¡Es preciosa, Tarek, pero es demasiado para una mujer corriente como yo!

Tarek le alzó el rostro por la barbilla y la besó.

–Tú no tienes nada de corriente, Kira. Eres maravillosa y te mereces lo mejor.

–Por eso te tengo a ti –dijo ella, conmovida.

Tras besarla de nuevo y ponerle la sortija en el dedo, Tarek sacó el teléfono del bolsillo.

–Llama a tus padres. Espero que nos den su bendición.

–Seguro que sí –dijo Kira, marcando con dedos temblorosos–: Hola, mamá, tengo que decirte una cosa: ¡voy a casarme!

–Ahora que ha llegado el día de tu boda, hija mía, tengo algo para ti.

Tras ajustarse la tiara que sujetaba el largo velo, Kira se volvió hacia Chandra Allain Darzin, la mejor madre del mundo.

–Deja que adivine. Vas a aconsejarme cómo mantener a mi marido feliz.

–No. Voy a darte esto –dijo Chandra. Y sacó del bolso una caja blanca que contenía una pulsera de nácar de la que colgaba un pequeño diamante en forma de corazón.

–¡Es preciosa, mamá! ¿Pertenecía a la abuela?

–No, es el regalo de alguien muy especial. Tu madre biológica.

Kira sintió que le temblaban las piernas.

–¿Cuándo te lo dio?

–Cuando cumpliste dieciocho años. Lo mandó por correo junto con una nota pidiendo que no te lo diéramos hasta el día de tu boda. También venía esto –Chandra sacó un papel y se lo dio.

Kira leyó en silencio por temor a que le fallara la voz.

Querida niña:

Esta pulsera perteneció a mi abuela. La llevé en mi boda y quiero que la lleves tú también porque a mí me ha dado suerte.

Quiero que sepas que cuando naciste, yo era una niña y no habría sabido cuidar de ti. Aunque me costó separarme de ti, tuve la seguridad que los Darzin serían unos buenos padres. Sé que este pequeño gesto no va a compensar la decisión de abandonarte, pero con él quiero que sepas que siempre te he llevado en el corazón y que jamás te olvidaré.

Te mando todo mi amor y te deseo toda la suerte del mundo,

Janice

En el instante en que Kira se puso la pulsera, se borró todo resquicio de resentimiento que pudiera albergar. Las lágrimas que le corrieron por las mejillas fueron de tristeza, pero también de alegría.

Sacudiéndose la melancolía, abrazó a su madre… su verdadera madre.

–Gracias, mamá.

Chandra se secó los ojos y respondió:

–No tienes nada que agradecerme, cariño, yo no he tenido nada que ver con esto.

–Puede que no, pero gracias a ti y a papá soy quien soy, y he aprendido lo importante que es perdonar y amar sin condiciones.

–Tú has sido la alegría de nuestras vidas, Kira –dijo su madre, conmovida–. Y ahora será mejor que vayamos a buscar al novio antes de que tu padre vuelva a amenazarlo.

Tras estallar en una carcajada, salieron del brazo y encontraron a su padre en el vestíbulo, con aspecto de estar a punto de desmayarse. Se oyeron las primeras notas de la Marcha nupcial, y Kira besó a su madre antes de prepararse para caminar hacia el futuro que la esperaba junto al hombre al que adoraba.

Mientras avanzaba por el pasillo del brazo de su padre, lo miró de soslayo y vio que tenía los ojos húmedos. Sabir Darzin jamás lloraba, y Kira temió terminar sollozando antes de alcanzar al espectacular hombre con un esmoquin de seda negro con una rosa en la solapa y una sonrisa resplandeciente.

Kira apenas notó la presencia de Madison y Piper, vestidas en tonos dorados, ni a sus maridos, Zain y Adan. Pero sí la de Yasmin, que caminaba delante de ella, lanzando pétalos al aire, y Rafiq, quien, con una faja con el escudo de armas de la familia Mehdi, iba a presidir la ceremonia.

Antes de que subiera al estrado, decorado con flores blancas, su padre la besó y le dijo al oído:

–Suerte, mi querida hija. Y si ese hombre no te trata bien, se las verá conmigo.

–No hará falta, papá –dijo ella sonriendo–, pero gracias por defender mi honor.

Entonces fue junto a Tarek y escuchó atentamente a Rafiq y su discurso sobre las responsabilidades del matrimonio. Luego les hizo mirarse de frente para dedicarse sus votos personales.

En ese momento, Kira olvidó todo lo que tenía preparado y tuvo que improvisar desde el corazón.

–Tarek, apareciste en mi vida de sorpresa. Te elijo como marido por tu compasión, tu capacidad de amar y tu sentido de la responsabilidad hacia nuestros hijos, presentes y futuros. El yate tampoco está mal –tras la carcajada que arrancó esa broma, concluyó–: Te amo y siempre te amaré con todo mi corazón.

Kira vio la emoción en los ojos de Tarek, que tras una pausa le declaró su amor en árabe antes de continuar:

–Delante de todos estos testigos y de mi familia, juro que nunca te faltará nada. Ansío despertar cada mañana a tu lado, retirarme cada noche contigo y dedicar mis días a conseguir tu felicidad; porque si tú eres feliz, también lo soy yo. También juro participar activamente en los biberones de la noche y en cambiar pañales, tal y como me ha ordenado decir mi hermano Adan.

Una nueva carcajada resonó en la sala. Tarek continuó con gesto solemne:

–Lo que me has enseñado es más valioso que el mayor tesoro. Te amo, rohi.

«Mi alma». A Kira le emocionó que eligiera esa palabra.

–Por el poder que me ha sido otorgado como rey soberano de Bajul, os declaro marido y mujer. Y puesto que está claro que estás impaciente por hacerlo, Tarek, puedes besar a la novia.

Tarek obedeció al instante y juntos recorrieron el pasillo, recibiendo el aplauso y las felicitaciones de los invitados Cuando llegaron al vestíbulo, Tarek llevó a Kira a su despacho, cerró la puerta y la abrazó.

–¿Quieres que empecemos la luna de miel ahora mismo?

Kira lo golpeó con el ramo de flores.

–Antes debemos presidir la recepción.

Tarek la besó.

–No nos echarán de menos mientras haya comida –bromeó.

–Paciencia, marido mío. Tenemos toda una vida por delante. Y las próximas tres semanas seré toda tuya en el yate.

Tarek sonrió pícaramente.

–Y podemos ser temerarios.

–Mientras nadie vea mi tripa…

Tarek posó una mano en su vientre con delicadeza.

–Esto es solo para mis ojos. Y tú sigues estando preciosa.

–Ahora que estamos casados, marido, y que Yasmin se ha mudado con nosotros, solo nos queda hacer una cosa, aparte de la luna de miel.

–¿El qué?

–Tener un bebé.

–Necesito que empujes una vez más, Kira.

–¿Y si no puedo? –gimió Kira, mirando a Tarek con cara de pánico.

–Claro que puedes –dijo él, pasándole los brazos por debajo de la espalda para ayudarla.

El siguiente gemido de Kira le atravesó el alma. El llanto de su bebé, el corazón. Miró hacia Maysa, que lo alzaba en alto y que dijo:

–¡Es una niña! –y la colocó sobre el pecho de Kira.

–Mi dulce niña –musitó Kira a la vez que la enfermera la cubría con una manta. Entonces miró a Tarek, alarmada–: ¿Te desilusiona que no sea niño?

Tarek posó la mano sobre la menuda espalda del bebé y sintió una emoción que lo tomó por sorpresa.

–En absoluto. Los chicos siempre causan problemas. Me enorgullece tener dos hijas.

–Dos hijas preciosas –dijo Kira, acariciándole la mejilla–. Estoy deseando que Yasmin la conozca.

–Estará encantada de tener una hermana.

Tras unos minutos, Maysa comentó:

–Ahora vamos a llevarnos a la niña para pesarla y examinarla. No tardaremos.

Kira se la entregó a regañadientes.

–Devuélvemela pronto.

Tarek acercó una silla y sentándose, le tomó la mano a Kira.

–Has sido muy valiente.

–No he dejado de gemir y de quejarme.

–No es de extrañar. Ni siquiera puedo imaginar cuánto duele.

–Mucho, eso es verdad. Pero ahora que ya ha pasado, ¿cómo vamos a llamar a nuestra hija?

Habían barajado varios nombres sin llegar a decidirse por uno.

–Creo que deberías decidirlo tú y usar los nombres de nuestras madres, si quieres.

Kira miró a Tarek como si le hubiera dado las llaves del universo.

–Entonces será Laila Anne Azzmar. Aunque Yasmin se empeñará en llamarla Annie.

–A mí no me importa.

Cualquier nombre le quedaría bien. Como a él le sentaba bien aquella vida. Había recorrido un largo camino hasta convertirse en hijo de un rey. Había amasado una fortuna y alcanzado el éxito profesional, pero nada era comparable con su máximo triunfo: aprender a amar. Y en el futuro estaba decidido a continuar aquella maravillosa aventura con la mujer a la que amaba con toda su alma.

Cuando la enfermera entró de nuevo en la habitación y dejó a la niña en brazos de Kira, Tarek Azzmar, el multimillonario magnate, supo lo que significaba sentirse plenamente bendecido.

Epílogo

Kira había descubierto hacía tiempo que las fiestas de los Mehdi eran todo un acontecimiento. Pero en el pasado las vivía desde fuera. Y no había tantos Mehdi.

Sentada bajo unos olivos, con su bebé de seis semanas en brazos, miró complacida a su alrededor. Yasmin y Cala trepaban un árbol mientras Joseph, que no se atrevía a imitarlas, les decía que no hicieran tonterías. Algo más alejado, Adan sostenía a Sam en brazos mientras su esposa, Piper, acunaba a su bebé de tres meses, Brandon. Y junto a ellos, el primo de los Mehdi, y hasta hacía poco tiempo viudo, el jeque Rayad Rostan, tenía los brazos ocupados por su recién nacido mientras su nueva esposa, Sunny, con aspecto agotado, apoyaba la cabeza en su hombro. Rafiq entró en escena siguiendo al príncipe Ahmen, que acababa de empezar a andar. Y tras él entró Maysa, riendo.

Al único al que Kira no localizaba era a Tarek, que había desaparecido hacía veinte minutos.

Elena, Zain y Madison llegaron con una bandeja de refrescos que dejaron sobre una gran mesa, en un lateral. Kira sujetó a Laila contra el hombro y fue hacia ellos.

Entonces notó unos fuertes brazos rodearle la cintura y un beso en el cuello.

–¿Dónde has estado? –preguntó cuando Tarek se colocó a su lado.

Tarek le quitó a Laila de los brazos.

–Cerrando la compra de un nuevo yate.

–Pero si tenemos uno perfecto.

Tarek besó a Laila antes de decir:

–Este es a prueba de niños, y tiene más camarotes. Estoy seguro de que vamos a tener un hijo muy pronto.

–Enseguida me pongo a ello.

Tarek sonrió de oreja a oreja.

–Podemos empezar esta misma noche.

Kira rio antes de preguntar:

–¿Cuándo voy a poder ver el nuevo barco?

–El Kira llegará a Omar dentro de diez días.

–¿Le has puesto mi nombre?

–Por supuesto. Un yate tan hermoso debe llevar el nombre de una mujer hermosa.

Kira lo besó.

–Venid todos, mayores y pequeños –pidió en ese momento Adan–.

Debemos brindar por nuestra buena suerte.

Kira entrelazó el brazo con el de Tarek y se colocó junto a Elena, que le dio una palmada en la espalda, sonriéndola con afecto. Kira no cesaba de agradecerle su intervención en el destino de su vida, pero Elena aseguraba que solo había cumplido con su deber.

Todos siguieron el ejemplo de Adan cuando alzó su copa.

–Por los niños, que son el futuro de Bajul. Y si hay alguna mujer más está embarazada entre las presentes, por favor, notificadlo para que añadamos una nueva ala al palacio, o tened la amabilidad de buscaros otra casa.

En cuanto las risas se acallaron, Adan continuó:

–Y ahora, usando las palabras de mi adorada madre italiana:

¡Por la famiglia!

–¡Por la familia! –repitieron todos al unísono.

Kira miró a las personas entre las que se sentía rodeada de amor. Aquel era su hogar. Y cuando llegara la primavera y sus padres se mudaran a vivir a Bajul tendría cerca a todos sus seres queridos.

Luego volvió la atención hacia las niñas. En los últimos meses había aprendido que el perdón siempre era posible si había amor, y que el destino hacía regalos cuando uno menos lo esperaba.

El mejor de ellos le tomó la mano y la miró como si fuera el ser más valioso del mundo. El hombre de sus sueños, el dueño de su corazón, el mejor esposo y padre.

Para Kira Darzin Azzmar la vida era perfecta.

Fin